

LA VOZ DE LIÉBANA

Revista decenal de intereses generales

INSCRITO EN LA DIRECCIÓN GENERAL DE CORREOS DE MÉXICO COMO ARTÍCULO DE 2.ª CLASE EN 25 DE JUNIO DE 1906

HOMENAJE

Se han cumplido tres años desde que murió don Jesús de Monasterio. Al cabo de no pocas dificultades Liébana y con ella los amantes del arte divino, cumplen un deber de gratitud para con el ilustre hijo de Potes; si su espíritu noble y escogido vivió siempre entre nosotros, desde hoy su imagen simpática y querida será perpétuo recuerdo de sus glorias y amable compañía para los que viven de luchas honradas. Cuando la dureza de la vida nos hunda en abatimientos y tristezas, la memoria de aquel amigo de todos, que á tantos supo consolar y conmovier con la dulzura de su arte, nos reconciliará con nosotros mismos y nos dará fuerzas y esperanzas.

No viváis jamás sin ideal. Vida sin ilusiones ni quimeras es una vida ruin que vale bien poco. Aprended del gran artista, que gozaba como un niño acompañando los bailes po-

pulares con la música juguetona de su violín que á veces, en medio de un cantar, sabía ser solemne.

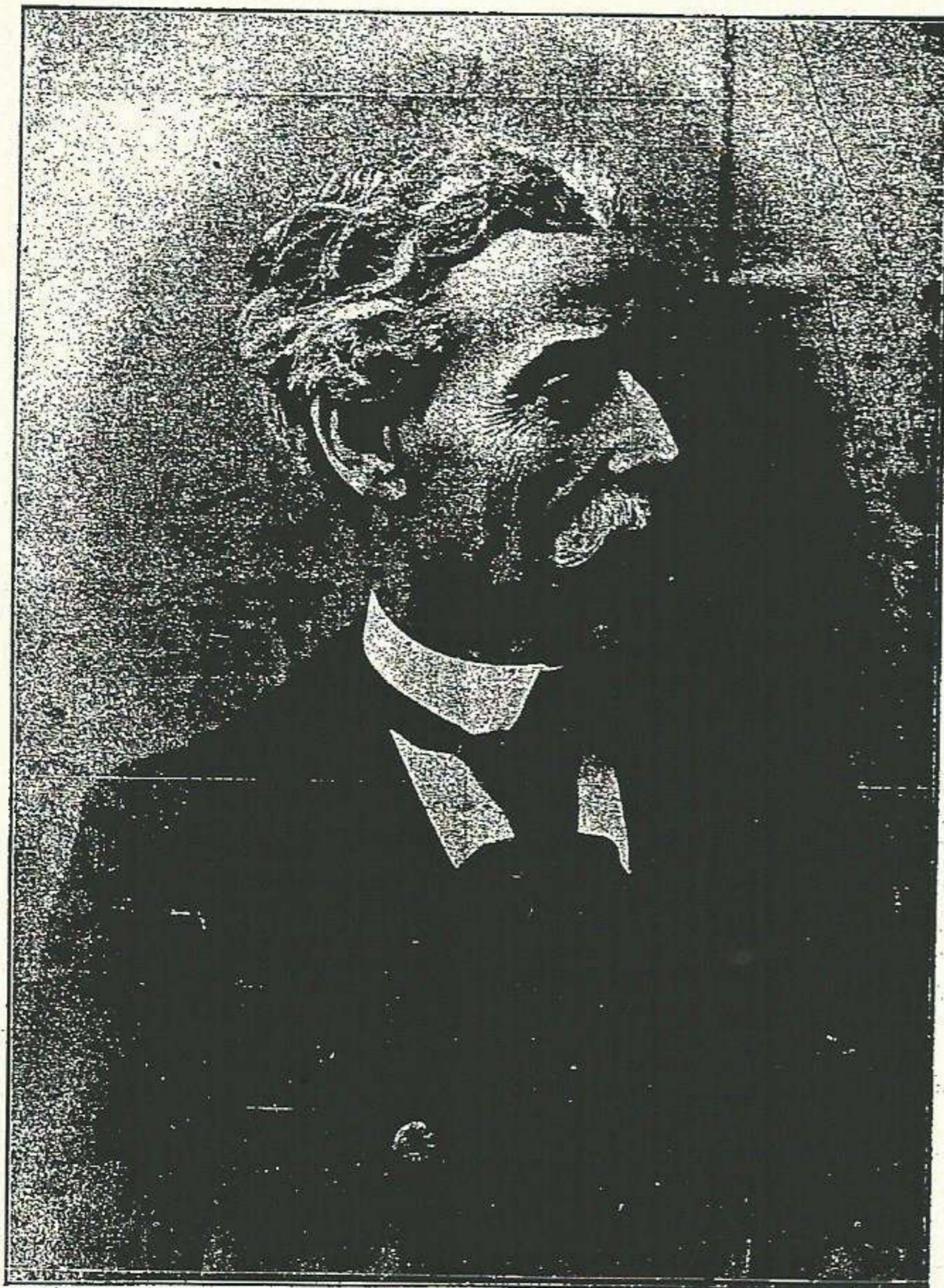
De sus méritos no hablaremos nosotros, que otras plumas más altas van, á continuación, á hablaros de ellos y á ofrendarles los más preciados frutos de su espíritu. Solamente queremos aplaudir en esta ocasión á todos los que han contribuido al homenaje y en especial, á nuestros paisanos que ya ausentes de la tierra, ó viviendo en ella con el alma de los otros, han acertado dignamente á honrar su patria, en la persona de uno de sus hijos más ilustres é inolvidables.

Aquí está nuestra flor, la flor más humilde que ha de lucir en la corona tejida por tantas personalidades notables y por tantos anónimos hijos del terruño que no poseen otra aristocracia que la de su corazón elevadísimo. Tenemos hoy la intensa alegría de ver cumplido un tercio y vehemente deseo y ello solo nos dispensa de pequeñas é involuntarias deficiencias que siempre fueron patrimonio del pobre.

LA REDACCIÓN.

JESUS DE MONASTERIO

El 1.º de Febrero de 1863. En un modesto y pobremente decorado saloncillo del Conservatorio de Música, hállase reunida la mayor parte de los que por entonces cultivaban con verdad ó tenían amor á aquel divino arte. Veíanse con efecto allí al respetable Esclava, rodeado de sus discípulos más predilectos; y cercanos al grupo que formaban, y para no perder nada del texto ni de los comentarios que hiciera aquel gran didáctico, al entendido y virtuoso maestro de capilla de las Descalzas Reales, don Nicomedes Fraile; al compositor y pianista Sánchez Altú; al predilecto discípulo de Fetis, Asis Gil; á Incenga, inteligente coleccionador de nuestros cantos populares; á Aguado, solícito rebuscador de libros y curiosidades musicales, y al bondadoso don Basilio Montoya, tutor de Monasterio, que venia á contemplar enorgullecido los triunfos de su pupilo, viendo en ellos la más preciada recompensa de cuantos afanes y desvelos se había tomado por la educación artística de aquél, con la solicitud de un padre cariñoso.



Contábanse también allí, en el fondo del saloncillo y como formando una especie de jurado, al popular compositor Barbieri, que ya por entonces comenzaba á formar su simpar y

Ninive, Layard, representante de Inglaterra; los Príncipes Volkonski, embajadores de Rusia, y su secretario Koloschin, ya entonces más español que eslavo, de grata memoria en la sociedad madrileña, é Ittersun, ministro de Holanda, amén de no pocos diplomáticos de segunda fila.

rica biblioteca de libros antiguos de música y danza; Castro Serrano, que poco tiempo después había de estampar las impresiones que allí recibiera, en su precioso opúsculo *Los Cuartetos del Conservatorio*; Arnao, el poeta cristiano; mi inolvidable amigo Alonso y Sanjurjo, cuyo talento y erudición corrían parejas con la bondad de su alma; Morphi, que andaba ya atareado con sus estudios sobre los Tratadistas españoles de vihuela, y Luis Navarro, tan amante de la música, como discreto apreciador de ella. Y no lejos de estos, Sofía Vela, Marcial de Adalid, Adolfo Quesada y Ferranz, maestros en el divino arte más que aficionados á él; y en el número de estos últimos, el general Ibarra, Aureliano Beruete, Benito Pasarón, entusiastas decididos desde entonces de las fecundas tareas de la Sociedad que aquel día daba el primer paso en la gloriosa senda que recorrió por más de treinta y un años; y tantos otros más cuyos nombres se han escapado á mi memoria, y entre los que se hallaba el explorador de

Ni un anuncio en las esquinas, ni una gacetilla en los periódicos, por rara excepción mudos aquella vez, los había convocado, y sin embargo, la vivacidad de las conversaciones, la franca alegría que en los semblantes de todos veíase retratada, hacían presagiar, al menos, experto algo bueno, algo notable de aquella reunión. Repartidos los asistentes en corrillos, los nombres de Haydn, Mozart y Beethoven andaban de boca en boca; quien se hacía lenguas de los *Stradivarius*, *Amatis* y *Guarnerius*, que, como preciados legados de familia, se guardaban en la Capilla Real y en las más aristocráticas casas de la Corte; quien hacía asomar la risa á los labios de sus oyentes, refiriéndoles el susto que pasó nuestro casi compatriota Bocherini, cuando la sacra majestad de Carlos IV le tuvo, según cuentan, en el aire, en un balcón de Palacio; con sus robustos brazos, más ágiles y diestros para el manejo de la escopeta en los montes del Pardo, que para el de la fragil varilla del arco de un violín, tan solo por el atroz delito de haber tenido á Su Majestad repitiendo por espacio de no pocos compases una misma nota, mientras los demás instrumentos del cuarteto, confiados á manos más expertas, desarrollaban riquezas de melodía y armonía; y en tanto que en un grupo de jóvenes se hablaba de Ivachim, Beriot y Vieuxtemps, otro compuesto de gente ya proveya, se deleitaba con los triunfos que Asensio, Vaccari y Brunetti, obtuvieron en los cuartetos dados en la renombrada y ya histórica botillería de Canosa, referían las sesiones de casa de Sancha y Aranalde, ó pronunciaban con veneración el nombre de don Juan Gualberto González, de respetabilísima memoria por más de un concepto, en cuya casa conservóse con cuidadoso esmero el fuego sacro del amor al arte clásico, y á la cual hubiera podido aplicarse muy bien el dictado de *refugio de buen gusto*, que más tarde se dió con no menos razón á la del pianista clásico Guelvenzu, de grata memoria; quienes, por último, y no los menores en número, se ocupaban del iniciador de la idea que allí los reunía, y contaban como después de alcanzar en el Conservatorio de Bruselas el premio de honor en el violín, distinción raras veces otorgada, y de adquirir en sus viajes por el extranjero un glorioso y merecido renombre, captándose la fraternal amistad, nunca interrumpida después; del sabio musicógrafo Gevaert, el aprecio y el aplauso de maestros como Meyerbeer y Rossini, y el afecto y la verdadera estimación de artistas de la talla de Beriot, Joachin y Vieuxtemps, había abandonado el camino con tanta honra como próspera fortuna emprendido, no admitiendo el cargo de Director de los Conciertos del Gran Duque de Sajonia-Weimar, ni la cátedra de violín en el Conservatorio ya mencionado de Bruselas, que por muerte de su maestro

Beriot le fué ofrecida por Fetis, que ya de antes le miraba como uno de los más predilectos alumnos de aquella Escuela, y llevado de su ardiente amor filial, había venido á Madrid para atender al cuidado de su anciana madre.

La animación crecía por instantes, menudeaban los dichos, sucedíanse los chistes, llevando no poco, ni tampoco buena parte en ellos, los que, sin tomarse el trabajo de conocerla, desdeñaban por sabia é incomprendible la música clásica, cuando la campana del vecino convento de la Encarnación dió la una. Un silencio profundo sucedió á la con-

nando tan memorable sesión con el cuarteto en *sol* (ob. 77), de Haydn.

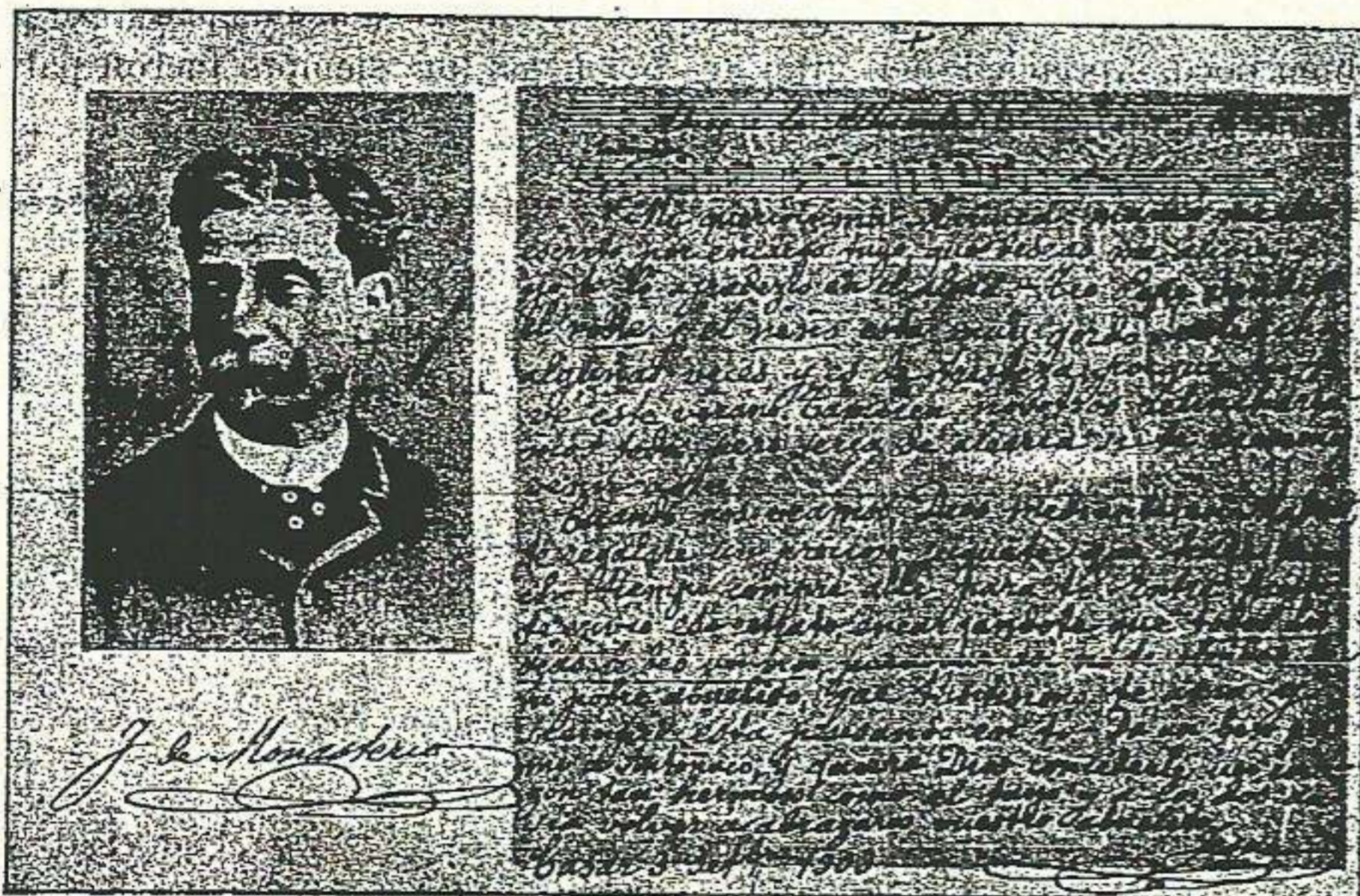
Al concluir, el entusiasmo de aquel tan corto como escogido público, no tenía límites; todos á una vez reconocían que era un acontecimiento de verdadera transcendencia para el arte lo que acababa de verificarse; todos rodeaban con cariñosa solicitud y con el más grande entusiasmo al joven artista, cuya elegante apostura y cuya admirable interpretación habían encantado á su auditorio, y él, que con su violín en la mano había arrancado lágrimas y sonrisas, que había deleitado y conmovido en el cuarteto, que con

ideal, y con ello la restauración del buen gusto músico en España.

Cuéntase que en vísperas de una fiesta en la Capilla de San Ildefonso de la Universidad Complutense, se hallaba en uno de los claustros de ésta un grupo de escolares sosteniendo fuerte altercado sobre si Pedro de Lerma era mejor predicador que Pedro Ciruelo, y acerca de cual de ellos había de recibir el encargo del sermón. Oyólos el Cardenal Cisneros, que á la sazón pasaba por allí, y dirigiéndose á los estudiastes, les dijo: *Fray Ejemplo es el mejor predicador*. Pues bien, JESUS DE MONASTERIO, que es el personaje á quien vengo refiriéndome, y ya era hora de pronunciar su nombre, pensando lo mismo que el gran franciscano, se propuso remediar aquellos males, y para ello emprender y llevar á cabo, predicando con el ejemplo, el pensamiento que su mente y su corazón acariciaban, prediciendo en la manera de hacerlo, aquellas palabras que más tarde resonaban en la Academia francesa: «es un error que el arte se vea precisado á descender para ponerse al alcance de la multitud; lejos de eso, bástele atraerla hacia lo alto para que suba con él.» Así, y después de vencer con firmeza cuantos obstáculos se le presentaron, y sin preparación alguna previa que atrajera el ánimo de los que habían de escucharla, comenzó á interpretar y á dar á conocer la música más sublime, consiguiendo que de aquel saloncillo que he descrito, salieron después, como dice en su precioso libro *Los Cuartetos en el Conservatorio*, el castizo escritor Castro Serrano, «los aficionados que extendiesen á su vez la afición por diversas capas sociales, extraviadas entonces por modas de mal gusto.»

Cual fué el resultado, lo dice la campaña de treinta y un años de la *Sociedad de Conciertos*, llevada á cabo con una perseverancia y un éxito de día en día más creciente, hasta el punto de no bastar ya, andando el tiempo, el reducido recinto del Saloncillo del Conservatorio, y tener que acudir al Salón Romero, para contener el público que acudía á admirar las producciones de los grandes maestros antiguos y modernos en el género clásico, de cámara, y el artista que de una manera admirable la daba á conocer, «no tan solo cual aquellos las habían soñado, sino enriquecidas, completadas y como transfiguradas por esta segunda creación,» como de Baillet decían sus contemporáneos; y en la memoria de todos los que allí acudíamos está, sin citar más ejemplos, la manera cómo interpretaba el hermosísimo quinteto en *sol*, de Mozart, y, en unión de Guelvenzu, la sonata de Beethoven, dedicada á Kreutzer, de modo que no es fácil volverla á oír ya. Y es que Monasterio, como con frase gráfica decía; *tocaba la música de Haydn con placer, la de Beethoven con entusiasmo, la de Mozart con*

TARJETA POSTAL



ESCRITA POR MONASTERIO
Y DIRIGIDA A SU NIETA

DIAS ANTES DE LA MUERTE DEL INSIGNE VIOLINISTA

tinua charla; acomodóse cada cual como pudo en aquellas desvencijadas sillas, que, á falta de méritos, servicios podían alegar, y no pocos, á juzgar por el estado en que se hallaban; y las miradas todas se dirigieron al fondo del salón.

Un modesto tablado con cuatro atriles, más modestos aún, y un piano de Pleyel, era todo el aparato que se veía. Pronto se vió colocados delante de aquellos, tres artistas ya conocidos de aquel público, Pérez, Lestán y Castellano; sentado delante del cuarto, estaba un joven, ni bajo ni alto, enjuto de carnes, de rizada y negra cabellera é inteligente mirada. A una señal suya empezaron á tocar el cuarteto en *re* (ob. 18), de Beethoven, siguió á éste la sonata en *fa* (ob. 24) del mismo autor, interpretada por aquel joven y el inolvidable Guelvenzu, termi-

Guelvenzu, activo y habilísimo cooperador y propagador de la idea que allí los reunía, había hecho interrumpir el religioso silencio con que eran escuchados, con esos murmullos irresistibles, esos gritos sordos de admiración, preferibles mil veces para los verdaderos artistas al ruidoso aplauso de la multitud, él, repetimos, mostraba en la alegría de su semblante que al regresar á su patria, tras no corta ausencia, en la que, como he dicho, había alcanzado grande y merecido renombre, daba con gloria el primer paso en la realización del ensueño de su vida, en lo que Felipe Lippi (hablando de los cuartetos de Florencia) llamaba el «Sacrosanto oficio, encomendado á muy pocos, de difundir entre las gentes la afición y el amor á la música puramente

pena en el corazón y la de Mendelssohn con pasión.

No le bastaba todo esto, sin embargo, á Monasterio para la realización de la idea fija y constante á que consagró su vida entera, y por eso, y aunque al principio el temor le arredrase y solo le animara la iniciativa del gran Eslava, á quien tanto y tan de veras respetaba y quería, dirigió los conciertos de música clásica que se dieron en el conservatorio en la primavera de 1864 y 1865 por la *Asociación artístico musical de Socorros mutuos*, mereciendo que aquel sabio maestro le regalase, con expresiva dedicatoria, la partitura original de su hermosa paráfrasis de la *Cantiga de Alfonso el Sabio*, oída por primera vez entonces, como justo premio y tributo á la maestría y saber que reveló; y más tarde, desde 1869 á 1876, estuviese al frente de la *Sociedad de Conciertos*, que, con sobrada razón, ha contado aquella época como una de las más afortunadas en su ya larga historia, y en la que Monasterio de tal manera dominaba con su batuta la grey que dirigía, que no faltó un orador elocuente que al verlo, en tiempos que nuestra España andaba algo revuelta, dijese que el poder más respetado que conocía entre nosotros, era el de Monasterio sobre su orquesta.

Natural consecuencia de todo esto ha sido la verdadera regeneración del gusto músico, no en Madrid, sino en España entera, como auguraba Castro Serrano, y cuando ahora se ve acudir un numeroso público de todas clases sociales á oír, gustar y aplaudir la música clásica, bueno es señalar *quién nos trajo las gallinas*, como reza una conocidísima fábula, y que todo se debe á la iniciativa primero y después á la labor ruda perseverante y verdaderamente civilizadora del hombre á quien este to escrito se consagra, el cual, por ello sólo, merece ocupar un preeminente en la historia del arte en nuestra patria.

Lo endeble ya de su salud le hizo retirarse después de lo que pudiera llamarse vida artística militante; pero su actividad y su saber encontraron ancho campo, ya en el desempeño de su cargo de prótessor de la Real Capilla de Palacio; ya en la enseñanza del violín en el Conservatorio, convertida para él más tarde en cátedra de perfeccionamiento de dicho instrumento y música de cámara, siendo uno y otro centro de enseñanza el plantel de donde han salido tantos y tan distinguidos artistas, alma y núcleo muchos de ellos de la Sociedad de Conciertos, en la que han merecido unánimes alabanzas de los maestros extranjeros que, de algún tiempo acá, ha tenido á su frente; ya en la dirección de ese mismo Conservatorio, cargo debido á la inteligente y bondadosa iniciativa de la Reina, que en propia mano dió á Monasterio el nombramiento que le elevaba al puesto que ocuparon el gran didáctico Eslava, Arrieta, Ventura de la Vega,

Ayala y tantos hombres ilustres de nuestra patria; ya en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á la que perteneció desde que en ella se creó la Sección de Música, que presidía en estos últimos años, y ya, por último, en el Consejo de Instrucción pública, dando en todas partes solemne y claro testimonio de su amor al arte, de la rectitud y firmeza de sus juicios y de lo inquebrantable de sus convicciones.

La suma de quehaceres que tales cargos representaba y cumplía con pasmosa exactitud, no fueron, sin embargo, parte á quitarle el consignar en el papel lo que su alma sentía, y así á las antiguas obras, que constituía su bagaje de compositor, y entre las que descollaba el poético *Adios á la Alhambra*, que tanto encanto causó á Meyerbeer cuando le oyó, añadió después un *Scherzo fantástico*, una *Marcha fúnebre triunfal*, un *Andante religioso* y un *Estudio de concierto*, para orquesta; los *Estudios artísticos*, para violín, grandemente elogiados por Gevaert, y adoptados como texto en los Conservatorios de Madrid y Bruselas; los coros á voces solas, *El triunfo de España*, *El regreso á la Patria* y *Veánte mis ojos*, de Santa Teresa; un *Album* de bellas é inspiradas melodías para canto, y el *Dies iræ* á fabardón, y el *Requiescat*, también á voces solas, hermosas y sentidísimas páginas que en breves horas y los ojos nublados por el llanto, escribió para los funerales de su santo amigo don Santiago de Masarnau, cuyo autógrafo poseo como preciada reliquia.

Todas ellas revelan el carácter melancólico de Monasterio; no de esa estéril tristeza, hija del egoísmo ó del pesar del bien ajeno, sino la sublime melancolía característica é inherente casi siempre al genio; en todas se ve impreso de modo indeleble el espíritu verdadera y sinceramente religioso de su autor; todas en fin, revelan una alma pura, un corazón sano, una inteligencia elevada.

Y si por cuanto relatado queda era digno de gran consideración y aprecio, y hoy su memoria es honrosa en alto grado, no lo era menor asimismo el hombre. «Contento con merecer las ajenas alabanzas, diré con uno de nuestros más ilustres escritores, no se fatigaba en obtenerlas»; modesto; ajeno en absoluto á todo fingimiento ó hipocresía; incapaz de presunción, como de aquella «raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes», como Cervantes llamó á la envidia; sabiendo que «la molestia es la verdad», según de modo admirable la definía Santa Teresa, ni se creía merecedor de todos los elogios que se le prodigaban, ni despreciaba su valer; y es que, como todos los de su altura, sabía y sentía que lo más bello y divino que hay en el hombre nunca sale de él; que entre lo que se siente y lo que se expresa, media un abismo imposible de salvar. Amante cariñoso de su familia; sincero y firme en su

amistad; recto é inflexible en su manera de proceder; maestro solícito, ansioso de los adelantos de sus discípulos y decidido protector de ellos; llevado por sus aficiones á rebuscar y coleccionar manuscritos y obras de música de los pasados siglos, como á encartarse con las obras maestras de los demás ramos de las Bellas Artes, mostrando al hacerlo conocimientos no comunes; era, por último, digno heredero de las tradiciones de su gran amigo Masarnau, siendo el amparo de muchos infelices á quienes socorría en sus necesidades y consolaba en sus aflicciones. Por eso, con sobrada razón, mi querido amigo Suárez Bravo ha dicho en una tan sentida como bien escrita necrología que ha publicado el *Diario de Barcelona*, «que Monasterio «fué un virtuoso en todos los sentidos de la palabra, porque en su alma noble halló siempre un eco simpático la voz del infortunio, y muchos desvalidos á quienes alargó su mano en la desgracia, habrán sabido con lágrimas la muerte del gran artista.»

Tal era, en verdad, Monasterio, Quizás á alguno de los que no le conocieron parezcan exagerados estos elogios; tal vez los consideren hijos más bien que de un juicio recto y desapasionado, de la fraternal amistad, nunca interrumpida, que con él me unía; fácil sería sincerarme de ello, pero renunció á hacerlo, recordando con Quintana, que «esta especie de excusas no sirven para los hombres de razón, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no les convencen.»

Con su muerte, acaecida el 28 de Septiembre último en su casa de Casar de Periedo (Santander) la cual vió llegar con la tranquilidad del justo y la santa resignación del cristiano, la tierra que le vió nacer perdió uno de sus más grandes hombres; la patria, una de sus más legítimas glorias; el arte, un maestro insigne, y cuantos se honraban con su trato, un amigo verdadero á quien yo he llorado con amargo desconsuelo.

Al recordar su vida, que bien puede resumirse en aquellas palabras de los libros santos, *pertrasiit benefaciendo*, con harta razón podía grabarse en la losa que cubre la humilde sepultura, en donde cumpliendo un piadoso mandato, yacen sus restos en el cementerio del pueblo donde rindió su alma á Dios, aquella sentida improvisación de la ilustre pensadora Concepción Arenal, al saber por boca de mi querido amigo la muerte de un venerable sacerdote, tío de éste, y verdadero ángel de paz y de caridad:

Tú que su tumba miras, llanto vierte; á nadie hizo llorar hasta su muerte.

J. M. Esperanza y Sola.

De La Lectura de 15 de Noviembre 1903.

Notas del Maestro

En la madrugada del 25 de Octubre de 1854 había salido nuestro concertista del puerto de Ostende con sus compañeros de expedición. Poco después escribía con lápiz en su cartera de viaje:

«A medida que avanzaba el día se iba despejando el horizonte, lo cual nos procuró el gozar del imponente y á la vez tranquilo espectáculo del mar.... Desgraciadamente, á la embocadura magnífica del Támesis, el tiempo, hasta entonces propicio, empezó á sernos adverso....; á pesar de eso, á medida que el buque *Hollander* avanzaba, nuevos espectáculos se presentaban á mis ojos. La verde campiña esmaltada de arboles, castillos y casas de campo se transformaban de repente en ásperos peñascos.... Al día siguiente de de mi llegada mi primer cuidado fué ir al ensayo, y después empecé mis peregrinaciones por Londres.»

* * *
«En Worcester dimos un concierto matinal. Era tan excesivo el frío, que Mme. Pleyel se presentó al respetabilísimo público con su tremenda manteleta de pieles. Los dos dimos principio al glacial concierto con una sonata de Mozart, y, deseando concluir cuanto antes, le pegamos solemne tijeretazo. Lo mismo hice con mi *Fantasia*, é igual suerte corrieron las demás piezas....»

«De la revista *Razón y Fe*.»

EL FUNERAL

Anteayer viernes, á las diez de la mañana, tuvo lugar en nuestra Iglesia parroquial, el solemne funeral por el alma de nuestro laureado violinista don Jesús de Monasterio, fallecido en su casa de Casar de Periedo el día 28 de Septiembre del año 1903 y no en esta villa, como ha dicho un periódico de la capital de nuestra provincia, al dedicarle el merecido tributo de admiración á tan esclarecido montañés.

A tan conmovedor acto asistieron el Ayuntamiento en pleno, Autoridades Judiciales, Teniente de la Guardia Civil, el anciano profesor de primera enseñanza, don Angel F. Soblecheró, con todos los niños de la escuela y selecta concurrencia, cuyos nombres no publicamos dada la imposibilidad de recordarles todos y además por no incurrir en omisiones para nosotros siempre lamentables.

La Inauguración

A las diez y media de hoy tendrá lugar la inauguración de la estatua de Monasterio, que en honor de la verdad es una obra de arte que pone de manifiesto la inteligencia de su autor don Pedro Estany, así como también la reconocida competencia del constructor de obras don Manuel Posada Noriega, autor del pedestal.

En representación de la Colonia lebaniega, residente en Cuba, asistirá el ilustrado presbítero don Ignacio Rodríguez de Cosgaya, el Ayuntamiento en pleno y Autoridades judiciales.

Nuestro celoso párroco [don Roque de la Fuente, como presidente del Comité ejecutivo, hará entrega al señor Alcalde, del Monumento erigido al insigne violinista, leyéndose la memoria por el ilustrado médico titular de esta villa [don Gregorio Muñiz, vocal de la junta que tanto ha trabajado para la realización de esa obra que de generación en generación ha de transmitir los recuerdos del preclaro autor del *Adios á la Alhambra*, don Jesús de Monasterio, gloria de la región lebaniega, de la Montaña y de la Nación

DON JESÚS DE MONASTERIO

Don Jesús Monasterio y Agüeros es oriundo de las montañas de Liebana, en la provincia de Santander. Hijo de noble y distinguida familia, vió la luz en la villa de Potes el 21 de Marzo de 1836. Su padre, que había vestido la toga en varios cargos de la administración de justicia, hallábase retirado en su pueblo y entretenía los ocios de la cesantía, mal entonces que, por lo visto, andaba ya tan en uso como en más modernos tiempos, tocando el violín que en su juvenil edad había aprendido al par que la Instituta y el Digesto, cuando se hallaba de estudiante en la Universidad de Valladolid.—Una tarde, aun no había cumplido Monasterio cuatro años y medio, se hallaba el honrado juez cesante tocando una melodía tan sencilla como melancólica, cuando vió á su hijo sentado en un rincón del cuarto, en donde había entrado furtivamente, derramando abundantes lágrimas.—¿Por qué lloras, niño?—le preguntó.—Lloro, contestó el chico, porque esta música me hace llorar.—El buen padre comprendió, con ese sublime instinto que solo los padres tienen, que aquellos sollozos revelaban una sensibilidad nada común, eran los primeros destellos de una organización privilegiada, tal vez del genio, y desde luego se propuso no contrariar aquella vocación manifestada de una manera tan espontánea como sublime. Aprovechó el primer viaje que hizo á Valladolid, para comprar á su hijo, cual sucedió á Mozart y á Viotti, un pequeño violín, que le arregló y que un maestro amigo conserva hoy como preciosa reliquia. Dióle su padre algunas lecciones á los dos días tocaba un wals, y pocos meses después (á la corta edad de cinco años), tocaba el niño para que bailasen los mozos de su pueblo en la renombrada romería de Aliezo, contradanzas y bailes del país, como en idénticas circunstancias había hecho el joven Mozart. Tan precoz disposición no podía ni debía malograrse: así lo comprendió su padre, y determinó ponerle bajo la dirección del primer violín de la catedral de Palencia, y muy pronto el discípulo sabía tanto ó más que su maestro. Preciso fué trasladarle á Valladolid, donde recibió lecciones de un entendido aficionado, el señor Ortega Zapata, y más tarde á esta corte.—A su llegada (1843) tocó delante del entonces Regente del Reino, y luego en Palacio; en éste fué festejado cual merecía, y aquél, después de regalarle el mejor violín que se encontró, le señaló una modesta pensión. Tuvo aquí por maestro á don José Vega, cuyos excelentes consejos aprovechó el joven Jesús, y recibió algunas, no muchas, lecciones de don Juan Ortega y don Antonio Daroca, profesores los tres de la Real Capilla y de los que el gran artista Beriot hizo merecido elogio por la enseñanza que á su discípulo habían dado, en carta que tenemos á la vista al escribir estos apuntes. Corrió después nuestro amigo las principales ciudades de España, recibiendo gran cosecha de aplausos y no pocos diplomas de socio de mérito de los Liceos que visitó, pero pudiendo decir su padre, que siempre le acompañaba, lo que él de Mozart escribía á Mr. Hagenauer, de Salzbourg, dándole cuenta de la primera correría artística que hacia con sus hijos: «tendríamos mucho de que alegrarnos, le decía, si todos los besos que dan á mis hijos, y en especial á Wolfgang, fueran dinero contante; pero ni los poseedores ni los maestros de posta se contentan con tan graciosa moneda.»

La muerte de su respetable padre (1845) puso término á estos viajes, y Monasterio se retiró con su madre y hermanas á su pueblo natal. Allí hubiera permanecido tal vez, ahogado por el mútuo cariño, hubiérase malogrado un porvenir de triunfos y de gloria, si un hombre entusiasta

por el arte, cariñoso hasta el extremo con su pupilo, no se hubiera interpuesto y con voluntad firme y decidida no hubiese sacado á Monasterio del oscuro rincón donde había ido á llorar su reciente desgracia. Sucede con frecuencia en la vida de los grandes artistas, encontrar al lado de ellos un hombre inteligente que adivina su porvenir, y cuya vigilancia rigurosa, conforme en un todo con el sabido precepto de Salomón, los prepara á las luchas del ideal. Así fué el pobre maestro de escuela de Haimbourg con Haydn, lo fué el noble tarantino Girolamo Carducci con Paisiello, el P. Polcano con Cimarosa, y lo ha sido con nuestro artista su tutor don Basilio Montoya. Con un cariño verdaderamente paternal se hizo cargo de su educación, aconsejóse de los mejores maestros, examinó por sí y en unión de su pupilo los Conservatorios de París y Bruselas, y luego que le hubo dejado en este último bajo la dirección de Beriot, á quien, además de las lecciones que le daba en aquel establecimiento, hizo le enseñase particularmente en su casa, vigiló á su discípulo, manteniendo activa correspondencia con sus maestros, y hoy es y aun le vemos la cariñosa solicitud con que asiste á los ensayos y la ejecución de los cuartetos y de los conciertos en que nuestro artista toma parte tan activa, y como y con cuanta razón goza en los triunfos de éste.

Dos años no más habían pasado, y Montoya recibía de Bruselas una carta que le colmaba de alegría. El entusiasta amigo de Monasterio, el hoy reputado compositor y director de aquel Conservatorio, G. A. Gevaert, le anuncia que, á pesar de las prevenciones del jurado, «no por el mérito, sino por la poca edad del joven Jesús,» éste había obtenido, en unión de su condiscípulo Böhmer y después de reñida lucha con sus competidores, el premio de honor en el violín; triunfo retardado un año por su maestro, temeroso de que, envanecido con él, no estudiase y llegase, como merecía, «á la más elevada altura en el arte.» Dos años, repetimos, habían tan solo transcurrido desde que al amparo de Gevaert y del hijo del inspirado tenor Manuel García, que habían oído y conocido al joven Jesús en París, se presentaba Montoya con su pupilo en casa de Beriot, y este le recibía como discípulo, no sin que en la visita diese á conocer su carácter el artista cuyos apuntes biográficos hacemos. Monasterio acababa de tocar unas variaciones de Artot y otras de Beriot, que al efecto llevaba preparadas, y su futuro maestro conversaba con Montoya sobre la educación musical de nuestro hombre. Este no sabía el resultado de la prueba, ni lo que conversaban, ignorante aun por completo del idioma francés; la conversación se alargaba y el muchacho iba amostazándose poco á poco, en la errónea creencia de que Beriot se excusaba, y había por tanto perdido el viaje. A los pocos minutos ya no pudo más, y dirigiéndose con aire vivo y resuelto á su tutor, —¿me admite en su clase ó no? le dijo; si no me admite, ya estamos demás aquí; rasgo que pinta su carácter vivo y resuelto ya entonces, y que, ciertamente, no ha desmentido después. Montoya le tranquilizó, y pocos días después asistía á la clase del ilustre violinista, estudiaba la armonía con Lemens y el contrapunto con el sabio Fetis, y particularmente recibía lecciones de su amigo Gevaert, aprovechando los momentos que estos estudios le permitían, para perfeccionar su educación literaria en la pensión de Paul Brown, donde vivía, y en la que era mirado como un hijo *le petit espagnol*, como llamaban los bruseleses al joven Jesús.

Abandonólos poco tiempo después de su triunfo, ansioso de ver á su madre, y á su llegada á Madrid recibía el nombramiento de violín honorario de la Real Ca-

pilla, y le llegaban, de Roma el título de miembro, también honorario, de aquella academia pontificia, y de Londres, poco después, la invitación de Julien para tomar parte en los conciertos que anualmente daba en Inglaterra y Escocia. Aceptada ésta por Monasterio, su peregrinación fué una serie no interrumpida de triunfos, bien que alguno de ellos diera y no poco susto á nuestro compatriota. Era en el teatro de Edimburgo: nuestro artista acababa de ejecutar una fantasía de su composición sobre aires nacionales españoles (que más tarde le valió la cruz de Carlos III, (1) y una salva espontánea de aplausos sucedió á los últimos acordes de la orquesta. Retirábase satisfecho nuestro hombre, cuando á los aplausos sucedese la más desencadenada tormenta de silbidos y bramidos; una silba mayúscula que dejaba muy atrás á la que pinta Moratín sufriera el hambriento poetastró don Eleuterio Crispin de Andorra con su *Gran cervo de Viena*. Calcule el lector el asombro de Monasterio, y el agrado con que cada vez que la tormenta arreciaba, recibía nuevos plácemes y abrazos de su impresario, y apremiantes excitaciones para que saliera ante el público. Tal vez, con tanta razón como sin razón aquel desdichado vate, diría para sus adentros: «Pícarones, cuando habrán oído cosa mejor; tal vez la sangre española estaría haciendo su oficio, cuando á empujones materialmente, y con la cara que es de suponer, salió á la escena. A los silbidos sucediéronse los aplausos, y á la tumultuosa gritería los hurras más entusiastas. Después supo que los buenos de los edimburgueses, cuando llegan al colmo de su entusiasmo, no aplauden: silban y braman.

Monasterio, á la vuelta de este viaje (1857), entraba definitivamente en la orquesta de la Capilla Real y recibía el nombramiento de profesor de violín en el Conservatorio, con gran contentamiento de todos los amantes del arte. Cuales hayan sido los resultados de su escuela, digalo todo el que haya oído ejecutar á los instrumentos de cuerda de la *Sociedad de Conciertos* (cuyo personal en su mayor parte está compuesto de discípulos é imitadores suyos), la *canzonetta* de Mendelssohn, el andante del cuarteto en la de Haydn, y el *saxeto* de Beethoven, entre otras piezas que pudiéramos citar. Monasterio trasmite de una manera admirable á sus discípulos, la elegancia, la pureza de ejecución y la dulzura del sonido, una de sus más características cualidades como violinista.

El cuidado de su querida madre y el cumplimiento de sus deberes, retuvieron al joven Jesús entre nosotros, hasta que las reiteradas instancias de sus amigos del extranjero, y la fama que en éste había adquirido, le obligaron á marchar en el otoño de 1861. Corrió hasta la primavera del siguiente año, su segunda patria Bélgica, Holanda y gran parte de los Estados de Alemania, siendo su viaje una serie no interrumpida de triunfos. No era el niño que encantaba por su tierna edad y por la precocidad de su talento; Monasterio pertenecía ya á esa clase de hombres aparte de los demás, á esa «legión escogida que ocupa un rango ilustre en el grande ejército de los espíritus,» como la llama un profundo pensador de nuestros días: era un verdadero artista. De escuela pura y severa, de grandioso estilo, sensibilidad exquisita y afinación perfecta, venciendo sin afectación ni pedantería las mayores dificultades, Monasterio se apoderaba ya entonces de sus oyentes y «cambiaba el estado de su alma,» como á Baillot le decía en la Malmaison el cónsul Bonaparte.

Durante esta excursión, y aprovechando Monasterio los días que le faltaban para tomar parte en los notables conciertos del *Gevandhaus* de Leipsick, marchó á Ber-

(1) En el año pasado fué nombrado comendador de número de Isabel la Católica, son las dos condecoraciones que tiene.

lín deseoso de conocer al gran Meyerbeer. Quiso éste oírle, y nuestro amigo tocó, acompañándole al piano el célebre maestro, su *Concierto de violín*, por el que recibió de aquél merecidos elogios, y su *Adios á la Alhambra*, preciosa joya de su composición. Tanto gustó é impresionó ésta al autor de Roberto (2), que le obligó á repetirla, y le instó retardase su viaje á fin de que la tocara en un concierto que iba á darse en el palacio real, brindándose él mismo á dirigir la orquesta. Un luto de corte suspendió el concierto el día mismo que iba á verificarse, y Monasterio se vió, con pena, privado de la satisfacción de ver dirigida su obra por el inmortal berlinés.

Terminábase á poco de suceder esto la licencia que el Gobierno le había concedido, y era forzoso volver á España. Dispuso su viaje y no quiso regresar á la madre patria sin dar el adios á su antiguo y querido amigo de Bruselas, Lassen, á la sazón en Weimar, de director de los conciertos de aquella corte, que ya por entonces empezaba á ser el cenáculo musical donde más tarde habían de reunirse alrededor de Listz, Wagner, Schumann, Raff y Joachim, con su correspondiente séquito de escritores propagandistas de la música del porvenir, que, plegue á Dios, no sea tan intrincado y oscuro como la susodicha solfa. Llegó Monasterio á Weimar, abrazó á su amigo Lassen, y con pena supo que éste tenía pronto que abandonarle. El gran duque daba aquella noche un concierto á los diplomáticos extranjeros, después de regalar sus estómagos con un banquete digno de Lúcalo ó de Savarin. Dio á los diablitos nuestro amigo al concierto, á la corte y al mismo soberano, hasta que á Lassen se le ocurrió hacerle tomar parte en él: aún cuando con el contratiempo no estaba Monasterio para músicas, aceptó la oferta, y poco después los dos camaradas se encaminaban juntos al palacio. Bueno es decir, que en el camino, el joven director del concierto ducal advirtió á su amigo, que el Gran Duque, protector y gran apasionado de la música, astista de corazón, hombre de claro talento y de instrucción no común, era, en cambio, tan exageradamente serio y estirado, que nada tendría de particular que su entusiasmo quedase encerrado dentro de la gravedad que la etiqueta le imponía, y ni siquiera le dirigiese la palabra. Monasterio agradeció la advertencia, y poco después se encontraba en el salón donde debía tener lugar el concierto, al tiempo que entraba y tomaba asiento la corte precedida por sus soberanos. Llegó el turno á Monasterio y tocó su *Adios á la Alhambra*, con esa delicadeza, esa «finación exquisita y ese colorido que tanto le distinguen, y no bien hubo acabado llamáronle aquellos. Colmóle de atenciones la Gran Duquesa, mientras su augusto esposo, dejando atrás la pintura que de él había hecho Lassen, estaba con una gravedad tan imperturbable como su silencio: ni la más leve alteración en su fisonomía, ni la menor palabra en boca. Supliale en cambio, un señor tan entrometido como descortés, curioso como él solo, que interrumpiendo á cada momento la conversación entre la gran dama y el joven artista, le asediaba á preguntas, á las que éste contestaba con un laconismo tanto mayor cuanto más importuno é inconveniente le iba pareciendo aquel personaje.

La segunda parte del concierto empezó y puso fin á esta escena. Monasterio volvió á tocar y á recibir, terminada la fiesta, nuevos y entusiastas plácemes de la Gran Duquesa, nuevas preguntas de aquel impertinente curioso. Retiróse por fin la corte, y aquí de las calurosas felicitaciones de Lassen, más admirado aun que del talento de su amigo de la infancia, de la entusiasta acogida que le habían hecho los soberanos.—«En cuanto á la

(2) *C'est ravissant! c'est ravissant!* exclamaba á cada momento.

Gran Duquesa, modelo es de finura y amabilidad-le dijo Monasterio, pero de su augusto esposo, bien hiciste en advertírmelo; deja atrás al inglés más grave y más dominado por el spleen: no le he merecido ni una sola palabra.»—«¿Cómo eso, le contestó su amigo,—si en mi vida le he visto más placentero y jovial?—¿Te parece que ha hablado poco?—Para abreviar; aquel señor entrometido con quien Monasterio, si no había estado descortés, no se había pasado de fino, era ni más ni menos que el Gran Duque, y el estirado personaje con quien lo había confundido, un grave y sesudo diplomático á quien el severo cumplimiento de las leyes (de la etiqueta habían tenido inflexible la espina dorsal, y su boca como cerrada con un candado. Aquí, también, de la estupefacción de Monasterio, y el renegar de Lassen, que, distraído con los preparativos del concierto, había olvidado de designar de antemano á su amigo cual era el Gran Duque, dejando aquel, más que un poco distraído á su vez, que lo adivinase por la pintura que de él le habían hecho. Por fortuna, á la mañana siguiente, nuestro hombre fué llamado á palacio, y dejamos al lector que calcule cuánto no haría para borrar su malhadada equivocación de la noche anterior. Tocó de nuevo, no sin dar no pequeño susto á los honrados habitantes de Weimar, que á todo atribuían la orden del soberano, mandando se hiciese la parada silenciosamente, ménos que á que el joven español estaba al propio tiempo haciendo maravillas con su violín. Al final de aquel improvisado concierto, Monasterio era invitado para ocupar el puesto que anteriormente habían tenido Laub y Joachim, de primer violín de Cámara y director de los conciertos de la corte, en unión de su amigo y de Listz, ausente á la sazón en Roma. Monasterio pidió un plazo para decidirse: ni podía desde luego rehusar una oferta tan espontánea como generosa, ni por otra parte, el cariño á su madre y el amor á su patria le daban lugar á dudar cual había de ser su resolución. Las ofertas le siguieron á Madrid, cada vez con mayores ventajas (3), y estimulándole con condecoraciones, que, por lo visto, no son moneda tan corriente en aquel país como en otros, hasta que, apremiado una y otra vez, declinó tan honrosa proposición, como más tarde lo hizo (1862) á la plaza de su maestro Beriot en el Conservatorio de Bruselas, que éste abandonó por el mal estado de su salud, y que le fué ofrecida indirectamente por el sabio Fetis Como Mozart; cuando requerido por el rey de Prusia para ir á su corte, contestaba: «¿Cómo abandono á mi empurador? Monasterio decía: «¿Cómo abandono á mi patria?; y eso que ni aquel inmortal autor del *Don Juan*, ni ésta á nuestro amigo, ofrecían un porvenir tan halagüeño.

Desde entonces, Monasterio no se ha separado de nosotros: su amor al arte y su veneración á los clásicos, á cuyo estudio ha consagrado largas vigiliás, han hecho nos deleitemos oyendo las más preciadas obras de estos en las sesiones de la *Sociedad de Cuartetos*. Aquel mismo saloncillo de que hablábamos al principio, tan escaso de público entonces, apenas basta hoy á contener el que va á admirar las producciones de los grandes maestros alemanes, y el artista que de una manera inimitable las dá á conocer, «no tan solo cual ellos las habían soñado, sino enriquecidas, completadas, y transfiguradas por esta segunda creación,» como de Baillot decían sus contemporáneos.

Con su *Stradivarius* en la mano (precioso regalo de don Juan Gualberto González), arrastra tras sí á su auditorio, y ora infunde en su espíritu el dulce y tranquilo reposo de la música de Haydn, ora lo

(3) Estas mismas ofertas lo han sido reiteradas recientemente y de una manera muy honrosa para Monasterio.

llena de melancolía y le arranca lágrimas en el quinteto de Mozart, ora oprime su corazón y le agita y le conmueve en un pasaje dramático de Beethoven; y es que como Monasterio dice gráficamente: «*laca la música de Haydn con placer; la de Beethoven con entusiasmo; la de Mozart con pena en el corazón y la de Mendelssohn con pasión.*» Do nuestro artista puede decirse, sin temor de pecar por exagerados, lo que de la Celeste Coltellini cuando cantaba la *Molinería* de Paisiello, cuenta Ferrari en su Anedocte piacevole: «*era un giogello... faceva piangere... et toglieva quasi il respiro achi l' ascoltava e vedeva.*» Porque Monasterio, poseedor en alto grado del violín que tiene en sus manos, hace de él un amigo, un dócil intérprete de los sentimientos que agitan su alma; canta más que toca, y al mismo tiempo, en su semblante va imprimiendo las sensaciones que experimenta, y ya es una placentera sonrisa que anuncia un pasaje gracioso y delicado, ya frunciendo el ceño y desembarazándose de su poblada cabellera con una vigorosa sacudida de cabeza, anuncia de antemano á sus oyentes lo dramático del pasaje que van á escuchar. No ha mucho tiempo, Monasterio ejecutaba el gran quinteto en sol en que Mozart derramó toda la amargura de su corazón al saber la muerte de su madre: nuestro amigo, hijo cariñoso hasta el extremo, hacía pocos días acababa de sufrir el rudo golpe de perder, tras angustiosa y terrible enfermedad, á la virtuosísima señora que le dió el ser, y al prorrumpir en aquellos gritos de dolor del corto *andante* que precede al *allegro*, Monasterio no pudo contenerse y sus ojos se arrasaron de lágrimas ¡Cuan cierto es que el verdadero arte no es más que la manifestación del alma!

Hasta aquí nada hemos dicho, de propósito, de otro ramo del divino arte en que Monasterio raya á gran altura: como director de orquesta. Sus primeros ensayos, á los que se resistió con el temor del hombre de valer, fueron en las primaveras de los años de 1864 y 1865, dirigiendo con notable acierto, los conciertos clásicos que se dieron en el gran salón del Conservatorio, por la *Asociación de Socorros mutuos de Artistas*; y desde Abril de 1869 se halla al frente de la *Sociedad de Concursos*, fundada años atrás, y dirigida hasta el anterior, por el popular y erudito maestro Barbieri. Conocedor profundo nuestro artista de la orquesta, y tanto ó más de la partitura que tiene delante de sí, pone en relieve no solo todos los efectos que los autores han indicado en ella, sino que va más allá, si no los vé los adivina y hace resaltar detalles, que, á no ser por su exquisito cuidado, pasarían inadvertidos. El gran conocimiento que tiene del instrumental de cuerda, alma de toda orquesta, hace que dominados los que la componen por su batuta, que en sus manos se convierte en varilla mágica, obedezcan maravillosamente á la más ligera inflexión de ella, canten con el violín como su habil director podía hacerlo, ejecuten portamentos y toquen con un uniforme movimiento de arcos, cosas las dos, que desconocíamos hasta ahora en nuestras orquestas. Y es, que, aparte del escogido personal que compone la de la *Sociedad de Concursos*, cuando van á ensayar una obra, encuentran ya marcado en los papeles hasta el matiz más insignificante y el modo como lo han de ejecutar, resultando al oírlo que allí no toca más que una sola persona: Jesús Monasterio.—Este dominio sobre su orquesta, hacía decir, no ha mucho, á uno de nuestros más elocuentes oradores, que el poder más respetado que conocía en España era el de Monasterio sobre su orquesta.

Si como Buffon ha dicho, el estilo está en nosotros, es la expresión de nuestros sentimientos, es el hombre mismo, las obras de Monasterio revelan lo que él es. Las dimensiones de estos apuntes biográficos, ya demasiado largos, no permite las enu-

meremos todas: basta para nuestro propósito que citemos, su *Scherzo fantástico*, para orquesta; su *Cantata á la guerra de Africa*, á voces y orquesta; su *Regreso á la patria*, coro á voces solas, escrito primitivamente para la Sociedad de la *Gran Harmonía de Bruselas*, y el primero en que aquí oímos los coros á *bocca chiusa*; su *Concierto en si menor* para violín y orquesta, que Fetis hizo ejecutar en los conciertos clásicos del Conservatorio de Bruselas, varios *motetes* á voces solas, y su cantiga morisca «*Adios á la Alhambra.*» Todas ellas revelan el carácter melancólico de nuestro amigo; no de esa estéril melancolía, hija del egoísmo ó del pesar del bien ajeno, sino de la sublime melancolía, característica é inherente, casi siempre, al génio: en todas se vé marcado su espíritu profunda y sinceramente religioso que, como á Haydn y á Mozart, le hace escribir al frente de ellas estas sublimes palabras: *In nomine Domini*, y terminarlas con este grito de glorificación, si cabe, más sublime: *Laus Dei*; todas ellas, en fin, revelan un alma pura, un corazón sano, una inteligencia elevada. «Contento con merecer las ajenas alabanzas, no se fatiga por obtenerlas;» modesto, no hipócrita; incapaz de envidia como de presunción, sabe que la verdadera modestia es la verdad, como admirablemente la definía Santa Teresa, y ni se cree merecedor de todos los elogios que se le prodigan, ni desprecia su valer, y es que, como todos los hombres de su altura, sabe y siente que lo más bello y divino que hay en el hombre, nunca sale de él; que entre lo que siente y lo que se expresa, media un abismo imposible de salvar. Cariñoso con su familia, sincero y firme en su amistad, recto en su proceder, es, por último, el amparo de no pocos infelices á quienes socorre en sus necesidades, y consuela en sus aflicciones. Tal es el hombre: ya hemos visto antes lo que era el artista».

J. M. Esperanza y Sola.

De *La Ilustración Española y Americana*, 16 y 24 de Diciembre de 1872.

D. Jesús de Monasterio

Le ví por la vez postrera en la Puerta del Sol de Madrid. Cruzaba la espaciosa plaza caminando nervioso y ligero, á pasos menuditos, bajo un tibio sol matinal del mes de Junio.—Es un alma de artista encerrado en un manojo de nervios.—díjome un mi amigo con el que conversaba y discutía serena y apaciblemente de cuestiones estéticas mientras marchábamos camino del Museo del Prado. Pocos momentos después, don Jesús desapareció entre el laberíntico ir y venir de los viandantes. Pasado algún tiempo, no mucho ciertamente, supe que aquél manojo de nervios dormía bajo una losa funeraria y que aquél espíritu apasionado de la belleza había dejado su carnal envoltura para volar á la impalpable región de lo eternamente misterioso. Un gran artista había muerto. Desde entonces siempre que de él se habla asocio á su memoria el recuerdo de esta postrer visión, tan breve y fugitiva, de su persona.

...Y es que yo tenía al gran violinista don Jesús de Monasterio como el último representante en la esfera musical, de una época romántica, soñadora que, habiendo hecho voto de idealismo, despreciaba profundamente toda vulgaridad y toda baja psicología. Aquello ya pasó. Actualmente estas generaciones sanchopancecas pertenecen á la época de lo positivo, solo sueñan con el cupón, las operaciones bursátiles, el tanto por ciento, la política y la administración—y esto no precisamente por virtud cívica—y se empeñan en demostrarnos que si han hecho voto de algo es de mercantilismo. Esta especulación ha invadido todos los terrenos incluso el artístico y especializando, el musical. Y he aquí la genuina representación de nuestra época. Quinto Valverde, el tango del morrongo y los *couplets del Pobre Valbuena*. ¿Puede darse más grande antimusicalidad?

Pero hablemos de don Jesús de Monasterio. El ora la encarnación precisa y concreta del artista sincero. Y á estas altas virtudes espirituales, cada vez más apreciables por cuanto cada vez se dan con una mayor parsimonia harpagonosa, había que agregar su bondad innata, que se mantenía lo mismo en la alegría y en el dolor, y su integérrima caballerosidad, no maleado por

favores, promesas, dádivas ni por ningunos otros halagos que torcerían la rectitud de muchos. Violinista de una superioridad indiscutible á la que habían concedido el *exequator* todas las chancillerías artísticas, no seré yo quien repita en estas columnas lo que en otras cuartillas habrán escrito otras plumas estudiando este glorioso é interesante aspecto de tan eminente personalidad. Solamente de pasada haré constar mi admiración para su modo de decir, en el que no se veía al virtuoso de los saltos y piruetas y al intérprete de las enrevesadas composiciones tan recargadas de dificultades mecánicas como exentas de belleza, sino al comentador, esclarecido concertador, de los grandes artistas, Beethoven, Mendelssohn, Schumann... Esto constituye á mi modo de ver un hecho característico que define y dibuja á don Jesús de Monasterio. Cuando se contempla á tanto especulador y á tanto explotador comerciar con el arte, consuela saber que han existido hombres cuya probidad y cuya escrupulosidad intachables se han mantenido inmaculadas á través de una larga vida dedicada al ensueño y á ese fantasma que endulza nuestra existencia proporcionándonos íntimos é intensos goces espirituales.

Fué en España un gran divulgador don Jesús de Monasterio. Educado artísticamente más allá de las fronteras hispanas siendo niño aún, no podía escapar á su perspicacia visual el poder emotivo de géneros y escuelas musicales cuya existencia entre nuestros abuelos era desconocida, allí aprendió á amar, con una pasión que bajó con él al sepulcro, á los grandes creadores germanos que á partir de la época clásica enriquecieron la literatura musical. Allí saboreó en su intensidad este género sinfónico tan admirablemente expresivo en Bach Padre,—refiriérome á Juan Sebastián—tan sólidamente desenvuelto en Haydn, tan tiernamente delicado en el espiritual autor de *Las bodas de Figaro*, tan virilmente dramático en Beethoven—cuyo solo nombre hace innecesario todo adjetivo encomiástico y laudatorio y á partir de la desviación clásica y su lógico desenvolvimiento romántico, tan poético de un lirismo tan efusivo, tan exquisito tan sentimental, tan elegante. Allí conoció las diversas modalidades en que, por diferenciaciones sucesivas, cristalizó este género sinfónico, á saber: la Sinfonía, la Sonata, el Concierto, la música de Cámara.

Impónese un compendiado estudio retroactivo del estado de cultura artística que entonces poseían los españoles para apreciar en su valor transcendental la labor educadora de Monasterio. Hasta entonces las orientaciones artísticas que hasta nosotros habían llegado eran bien detestables. Hablar de una pretensa producción patria elevada y seria, es cosa que debiera considerarse como una transgresión del séptimo de los mandamientos. Entonces solo se conocían las óperas de los operistas italianos de la decadencia. *Lucias*, *Cenerentolas*, *Stranieras* y otras (iba á escribir tonterías), vulgaridades Rossini—Bellini—donizettianas, cuyo solo objeto era el de mostrar la virtuosidad vocal de los cantantes atraía la atención de los amadores (*amateurs*) que desconociendo en absoluto el poder expresivo y psicológico de la música solo se cuidaban de satisfacer un regocijo sensorial y por tanto puramente externo. Toda nuestra producción artística—y es este adjetivo un eufemismo bajo el que debe leerse «antiartística»—reducíase á copias, imitaciones y trasfijos de las arias, cavatinas, duos, tríos, coros; de todas estas melodías ramplonamente armonizadas, desenvueltas con una penuria mental aterradora y fisonómicamente homogéneas, grises y uniformes, que, debido á una sistematización artificial, ostentaban una etiqueta propia, constituyendo en su integridad arquitectural ese conglomerado que se llama ópera. Ni la música destinada al templo puede sustraerse á tan nefasta influencia. La *carrure* de la frase, las modulaciones de cajón, la simetría de los periodos, las progresiones inevitables, las no menos inevitables cadencias vulgarizadas y ramplonizadas, predicadas con carácter dogmático conjuntamente con otras supersticiones estéticas, por teorizantes esclavos de toda preconcepción y de todo apriorismo escolástico, tegían nuestra producción musical. Era esta, por otra parte, la época de las fantasías más ó menos brillantes sobre motivos de óperas y las de las variaciones; ¡Hasta hubo quien llegó á escribir veinticinco variaciones para cornetín de pistón sobre el *Himno de Riego!*

Llegó Monasterio á España y consigo importa nuevas—nuevas entre nosotros—corrientes artísticas de procedencia germana ó septentrional producto de razas más profundamente musicales que las nuestras por tradición, herencia, medio ambiente y mentalidad genésica. Él pesce las inestimables virtudes de haber sido el iniciador de estas nuevas corrientes: más aún, su apóstol, y de haber contribuido á cierta desalvajización estética y á la depuración del gusto. Entonces comienza á saberse la existencia de los grandes autores alemanes encauzados en el claricismo y de algunos, los primeros, que adoptaron la tendencia romántica. Entonces el público interesado por los supramateriales goces artísticos comienza á darse cuenta de lo que es

una sinfonía—no hay que olvidar que antes, y aún actualmente por algunos, llamábase de esta manera: la pomposa hueca, hueca y solemne (?) Overtura que precedía y encabezaba las óperas italianas.—Entonces comiéndase a cultivar el género llamado de Cámara. Un hombre que logra tamaña empresa es acreedor a la veneración y la estima de todos y solo por esta labor merece el calificativo de admirable.

Por otra parte, don Jesús de Monasterio fué un distinguido compositor. Su *Adios á la Alhambra* es actualmente objeto de ovaciones siempre que se ejecuta. Además, procuró adoptar en sus obras una tendencia nacionalista, inspirada en la canción popular, que todos aplaudimos sin reservas. ¡Venga la música popular con el divino perfume que la embellece, pero no se confunda la música popular con las *guajiras* y los *tangos*!

De sus dotes pedagógicos, el único centro oficial docente, el Conservatorio de Madrid, demuestra la valla; nosotros nada hemos de añadir. De su gestión administrativa al frente de esa dirección, tampoco diremos nada. Quédesse esta tarea para otros.

Y ahora, para terminar, he de consignar mi adhesión sincera a la alegría que la ciudad natal de don Jesús de Monasterio expresa con motivo de la próxima erección é inauguración de un monumento á él dedicado. Don Jesús de Monasterio vive en espíritu entre nosotros; su recuerdo llena una época musical en España. Y la villa de Potes se honra á sí misma honrando la memoria del gran artista, del violinista insigne, del divulgador sincero y del espíritu más antiespeculador de los músicos, españoles que vivieron al correr el siglo decimonono.

José Subirá.

Caridad de D. Jesús de Monasterio

En la villa de Potes, donde nació don Jesús de Monasterio, se inaugurará dentro de breves días un monumento para recuerdo de tan preclaro varón.

A título sin duda de paisano y amigo de Jesús de Monasterio, me pidió el director de LA VOZ DE LIÉBANA algunas líneas, que sirvan de elogio á nuestro inolvidable conterráneo.

Otros amigos muy competentes en asuntos artísticos, como don José M. Esperanza (q. e. p. d.) y el P. Alarcón de la compañía de Jesús han hecho la biografía de Monasterio en aúreo estilo, yo, sólo á título de amigo y paisano voy á recordar algunas intimidades en que se revela el alma profundamente cristiana de nuestro ilustre lebaniego.

Fué Jesús de Monasterio tan bueno, que prefirió, á todas las glorias de este mundo y aún á los triunfos artísticos, la observancia de una vida verdaderamente cristiana.

Paseando conmigo por los pintorescos alrededores de Potes, me decía en cierta ocasión: bien sabes que por mi profesión y por circunstancias de mi vida, he pertenecido á muy variadas corporaciones y asociaciones; he asistido á diversas juntas, y puedo decirte que la única asociación y las únicas juntas, que jamás me han producido disgustos, y al contrario me han servido siempre de grande consuelo; han sido las de caridad, las de nuestras conferencias de San Vicente de Paul. Bien pueden aplicarse á Jesús de Monasterio las palabras de la Sagrada Escritura (Eclesiástico xxxi) «*est elemosynas illius enarravit omnis ecclesia sanctorum*» y celebrará sus limosnas toda la congregación de los santos.

Desde muy joven ingresó, como socio activo, en la Sociedad de Caridad, llamada comunmente Conferencias de San Vicente de Paul.

Fué Jesús de Monasterio íntimo amigo de don Santiago de Masarnau, eminente profesor y compositor de música, varón de veneranda memoria, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paul en España. Bajo la dirección de tan virtuoso amigo y en compañía de don José M. Esperanza y de don Luis de Tapia, hoy presidente general de las Conferencias de San Vicente de Paul, Jesús de Monasterio enfervorizó su caridad para con los pobres, siendo siempre un socio modelo, asistiendo constantemente á las juntas y cumpliendo con espíritu ejemplarísimo la visita semanal á los pobres socorridos por su conferencia, prodigándoles, no sólo la limosna material, sino muy especialmente la espiritual del buen consejo, de la instrucción religiosa y del consuelo al pobre afligido.

Hace algunos años, pasaba Monasterio en la época de verano unos días en Potes, y muchos fuimos testigos de su ardiente caridad para con el prójimo, pues siempre tuvo presente que los pobres son los miembros pacientes del cuerpo místico de Nuestro señor Jesucristo. En una fonda próxima á la casa de Monasterio, tuvo la desgracia una pobre sirvienta de sufrir horribles quemaduras por la explosión de una lámpara de petróleo inflamada. Convertido el cuerpo de aquella infeliz en una llaga espantosa, eran necesarios medicamentos, asistencia y consuelos para tantos sufrimientos.

A todo atendió Monasterio: constituyóse pue-

de decirse en enfermero en compañía de una piadosa señora, ligada á él por vínculos de estrecho parentesco y que no nombro por no ofender su modestia.

Nada faltó de cuanto humanamente podía hacerse en tan dolorosa situación en bien de la paciente. Como buena cristiana recibió los Santos Sacramentos, alentada con piadosas reflexiones de Monasterio; falleció á los pocos días la buena mujer y hubo necesidad de llevar el descompuerto cadáver al depósito del cementerio hasta el día siguiente en que se verificó el sepelio. En este acto aparece Monasterio y ejerce materialmente el oficio misericordioso de *fossor*, sepultando en el Campo Santo muy de mañana el cuerpo de la pobre sirvienta. En aquel mismo día se celebraba en la Iglesia parroquial un oficio de difuntos por el alma del señor Cánovas del Castillo, víctima hacía poco tiempo de la ferocidad anarquista; al llegar yo á la Iglesia para asistir á este piadoso acto, oí desde el pórtico el cántico de Misa de Requien, acompañado de armonium y extrañando que ya hubiera comenzado el oficio, pues no era aún la hora señalada, me enteré de que la misa que se estaba celebrando, era por el alma de la pobre fallecida y que quien acompañaba al armonium el canto religioso era don Jesús de Monasterio.—Dios le habrá premiado tanta humildad y tanta caridad.

Eduardo Jusucé.

Barreda y Septiembre de 1906.

Mi cantar á la mejor corona

¡Monasterio era humilde!...

En el glorioso recuerdo de este gran artista universal, de este ilustre montañés mimado de príncipes y magnates, de este maravilloso intérprete de Mendelssohn, de Mozart, de Beethoven y de Haydn, de este genial autor del *Adios á la Alhambra*, apenas hay un mérito tan grandioso, tan soberano, como su humildad...

El afortunado pueblo montañés donde nació y sintió sus primeras divinas inspiraciones este admirable «poeta de la música», quiere honrar la memoria del artista con un homenaje al que no le ha de faltar entusiasmo, fervor, cariño devoto.

Para asociarse á ese tributo tan merecido y simpático, todos los sentimentalismos de la Montaña tienden un vuelo plácido y amoroso hacia el valle encantador de Liébana.

Y en las alas suaves de esta bandada de pensamientos acariciadores y de recuerdos sentidos, hay plumas bellas que escriben armoniosas canciones en honor de aquel incomparable lebaniego coronado de laureles por los aplausos capaces de consagrar el arte en su máxima sublimidad.

Parte endeble y minúscula de esas alas espirituales, mi pluma busco también la cuna gloriosa de Monasterio; y de la memoria radiante del gran violinista, respeta todos los méritos triunfales, todas las arrobadoras excelencias, para arrodillarse en adoración ante la profunda humildad del artista.

¡Qué envidiable, qué preciosa corona es la humildad sobre las sienes de un genio!

Ella es para el vencedor del Arte y de la Ciencia, la más preciada, la más difícil de las diademas; y cuando brilla en toda su pureza sobre una frente ensalzada por el éxito, halagada por todas las adulaciones del orgullo humano, es preciso postrarse de hinojos ante sus resplandores, y rendirla profundo acatamiento.

Yo no sé si en Monasterio la humildad era una virtud alcanzada en la bizarra lucha con la más seductora de las pasiones, ó si era un don celestial que le fué concedido generosamente.

Lograda por él esta cualidad de una ó de otra manera, la practicaba en plena posesión de todos sus encantos, y la alzaba graciosamente sobre todas sus acciones, como supremo tributo de su gloria.

Toda la grandiosa vida artística de Monasterio es una cadena de actos modestos, de sencillas renunciaciones, de horas calladas, abnegadas y sumisas, en que pretendía vulgarizarse, pasar desapercibido, jugar en el mundo el papel secundario de un *Juan Particular*.

Rehuyendo las alabanzas y las admiraciones, diríase que á veces se sentía pesados de aquellos prodigiosos momentos en que el Arte le poseía por entero, y en su glorioso *stradivarius* derramaba la abundancia de su delicada inspiración, que la fama extendía por el mundo.

Broche primoroso de aquella simplicidad encantadora de su vida, fué su muerte silenciosa, tranquila y dulce, escondida humildemente en el solar montañés donde buscó esposa digna de él y donde cultivó todos los goces puros del hogar fecundo, bendecido por Dios.

Muchos grandes hombres han muerto oscurecidos, acorralados por la desgracia, caídos de la altura del poder ó de la gloria; vencidos, aniquilados por la adversidad.

Pocos, tan grandes como Monasterio, han muerto como él en la voluntaria soledad de una misera aldea, en el silencio de una paz íntima, en la quietud de una triste hora que él quiso que pasara sin más rumores que los de las plégarías de su familia cariñosa.

Y en cumplimiento de su firme y premeditada voluntad, su entierro fué también un rasgo característico de la humildad de su vida.

Mientras lloraba una melancólica tarde montañesa, el cuerpo del gran artista encerrado en una pobre caja fué conducido en hombros de sus deudos al huertecillo santo de la aldea, y halló cristiana sepultura «bajo la tierra desnuda de toda pompa fúnebre, sin adornos ni coronas, sin comitiva que trascendiese á vanidad humana».

Presidió el acto, únicamente, el cura del pueblo, y formaron el concurso unos desconsolados labradores que de la aldea y de las cercanías acudieron presurosos á despedir á su bienhechor, á aquel señor piadoso y sencillo que con su palabra afable y con sus dones generosos era el amigo de todos los desgraciados. Los pobres aldeanos que lloraron amargamente sobre el féretro de Monasterio, acaso sospecharon vagamente que había algo sublime y grandioso en aquel montañés á quien enterraban.

Sollozó el otoño de Cantabria salpicando de gotas de lluvia el ataúd del violinista insigne, y los gemidos del viento en las arboledas, los suspiros y las oraciones de aquella gente sencilla, fueron las armonías conmovedoras que acompañaron á la tumba al gran compositor montañés: al excelso artista gloria de España.

¡Qué bello remate para la corona de su humildad!

Al rendirle pleitesia en este aniversario de su muerte, ahora que en su valle nativo florecen con entusiasmo sus memorias, yo no encuentro en su existencia gloriosa nada que me seduzca y me cautive tanto como esta humildad peregrina.

De las coronas brillantes de Monasterio, es esta la que yo prefiero para basarla respetuosamente con el pobre cantar de mi oración.

Concha Espina de Serna.

Cabezón de la Sal, Septiembre de 1906.

LOS CUARTETOS EN EL CONSERVATORIO

Cinco artistas constituyen el personal de la Sociedad de cuartetos, cinco vestales que velan incansablemente para inextinguible el sacro fuego de la música *di cámara*: Monasterio, Cabezón, Pérez (don Rafael), Lestán y Castellanos. Pero entre el concienzudo Pérez, espíritu saturado de las puras traducciones de la escuela que con tanto amor cultiva; entre la severa viola de Lestán, expresiva siempre, siempre valiente y llena de colorido, y entre el distinguido violoncello de Castellanos, descuellan en primer termino dos grandes instrumentos: un violín y un piano; dos grandes artistas; Monasterio y Guelbenzu.

¡Monasterio! Todos los que sentimos en nuestro corazón la llama del amor patrio musical, todos los que hemos experimentado los inefables goces del divino arte todos los que, con lágrimas en los ojos, deploramos su atraso en España, pronunciamos con entrañable cariño, con viva emoción, el nombre del autor del *Scherzo fantástico*. Y es que Monasterio puede considerarse como un resumen delicado, dulce, místico de la perfección artística.

Se propone escribir y escribe el *Scherzo*, el *Andante religioso* y *Le Chrétien mourant*, piezas todas en las que descuella una tierna melancolía, una inefable expresión de tristeza, fruto de un alma delicada al éxtasis, á los goces ideales, y en la que se halla arraigada la consoladora creencia de un mundo mejor.

El perfume religioso que exhalan las composiciones de Monasterio es consecuencia directa de las ideas, de los sentimientos, de la idiosincrasia, permitásenos la palabra, del gran artista. Así es que las melodías de Monasterio nos hacen recordar las hojas de un ciprés, los últimos alientos del justo ó los dulces encantos del paraíso del Dante, mientras que sus combinaciones armónicas y el juego rítmico é instrumental, ceñidas, vaporosas, henchidas de expresión, embriagan el alma y hacen remontar el espíritu á esferas más puras que las que en el mundo terrenal respiramos.

En cuanto al arco de Monasterio, ese arco asombroso que arrancan del violín notas que impresionan de una manera inexplicable, ni participa del carácter del que tan admirablemente lo domina, ni

reconoce otros sentimientos que los del autor cuyas ideas quiere expresar.

Monasterio compositor de rienda suelta á las dulces afecciones de su corazón; Monasterio instrumentista se apodera del alma de un maestro clásico, sigue paso a paso sus diversas impresiones, penetra en el fondo de éstas, expresándolas, iluminándolas con el mágico resplandor de su genio.

Cuando dominado por la fuerza atractiva del arte, abstraído completamente de cuanto le rodea, fija en el papel aquella inteligente mirada, en desorden la rizada cabellera y dominado el cuerpo por un convulsivo movimiento. Monasterio arranca al violín desgarradores lamentos, dulces suspiros, armoniosas notas llenas de majestad y elegancia, voluptuosas cadencias que arroban el alma, ó encantadoras melodías, alegres, exuberantes, de lozanía y de vigor, filigranas de agilidad que refrescan el espíritu y provocan la sonrisa; cuando bajo el influjo de estas impresiones que aquel violín indefinible os hace experimentar, sentís humedecerse vuestros ojos, oprimirse el corazón ó retozar en el cuerpo la alegría, no debeis esos goces á Monasterio. No; Monasterio ha desaparecido. Beethoven, Haydn, Mozart ó Mendelssohn se han infiltrado en el alma de Monasterio: ellos mueven su brazo, ellos encienden su pupila; ellos le hacen llorar, le hacen reír; ellos le dominan, porque él se pertenece á ellos, es su intérprete, y allí habla el arte, el arte sublime, imperecedero, inmenso, de los grandes maestros, y el intermediario de los grandes maestros es otro gran maestro también; es Monasterio.

¡Monasterio! Este gran hombre simboliza una gloria nacional. ¡Feliz él que ha logrado alcanzarla!

Antonio Peña y Goñi.

De *La Ilustración Española y Americana*, 1.º de Enero de 1873.

LOS GRANDES GENIOS

No me extraña que el señor Barbieri, eminente músico contemporáneo, asegurase en su discurso pronunciado en el primer Congreso Católico Español que, los más grandes compositores y maestros de música han pertenecido al estado eclesiástico al menos han sido grandes católicos. La razón es evidente. Las bellas artes necesitan, como las flores, una luz que las mate y un calor que las fecunde. La luz debe estar en la cabeza del artista: es la llama del genio, sostenida y aumentada por la ciencia, y que, después de penetrar en las más íntimas armonías de la realidad existente, estiende sus fulgores al mundo de lo posible, donde percibe nuevos y superiores tipos de perfección y de belleza, y descubre los graduales peldaños de esa escala progresiva que une el cielo con la tierra, y por lo cual pueden y deben ir subiendo todas las obras y creaciones del Arte.

El calor debe estar en el corazón del artista: es el amor á todo lo bueno, la pasión por todo lo perfecto, el entusiasmo por todo lo divino; amor pasión y entusiasmo que, cayendo sobre los gérmenes ideales depositados en la mente, los dilata y vivifica, los nutre y desarrolla, hasta que del todo formados y viables salen á la luz por conducto del pincel, del buril y de la pluma, ó por medio de la laringe humana y de los instrumentos músicos. Debo confesar, ante todo, que yo no soy músico; pero tampoco hay necesidad de serlo para comprender que el arte de la música es una especie de lenguaje, compuesto de sonidos como las palabras, si bien realizados por modulaciones rítmicas, melodiosas y armónicas, que le granjean el sobrenombre de divino. Su objeto lo constituyen mas los efectos que las ideas, más la pasión que el discurso; y, como todo len-

guaje, la música será tanto más perfecta, cuanto mejor y con más fidelidad exprese los sentimientos que se le encomiendan, como dice el P. Uriarte; y tanto más pulcra, sublime y majestuosa, cuanto más paros, generosos y elevados sean los sentimientos que la inspiran; así como los sentimientos crecerán en estas cualidades, cuanto más altas, radiantes y fecundas sean las ideas que los engendran. Esto es obvio palpable: el que solo cree en la tierra y en la vida presente ¿cómo ha de amar la abnegación, el sacrificio, la castidad y la justicia? ¿Cómo ha de entusiasmarse ante la idea de la inmortalidad y de la gloria? El que niega ó desconoce á Dios y sus atributos, al cielo y sus moradores, ¿cómo ha de sentir la necesidad de la oración, de la reverencia y las alabanzas divinas? ¿Cómo ha de sentir ni sospechar siquiera los delicados y preciosos elementos que forman el gran drama de nuestra vida sobrenatural, alegrías angélicas, amores seráficos, nostalgias místicas, entusiasmos épicos, esperanzas y temores ultramontanos, luchas titánicas entre la pasión y el deber, y triunfos heroicos de la gracia sobre el pecado? Y no sintiendo nada de este, ¿qué puede salir lo mismo del compositor que del instrumentista, más que notas frías, sonidos sensuales, impresiones débiles, armonías pedestres, híbridós y amanerados enjendros?

Necesita, pues, el músico ser hombre de grandes conceptos, de altas y firmes convicciones, de una ciencia superior trascendental y sintética; necesita elevarse á los principios supremos, lazos verdaderamente armónicos, donde se adunan todos los rayos divergentes de las verdades científicas, como se adunan en las estrellas los divergentes rayos de su luz. Necesita más, necesita remontarse al principio de los principios, centro de todas las armonías, de donde parten y á donde convergen todos los hilos de la inmensa trama del universo y todos los destellos de las inteligencias creadas que forman la enciclopedia de los conocimientos humanos. Necesita apoderarse con su talento de todos esos focos sobremanera esplendentes y concentrar sus radiaciones sobre el corazón, para que éste responda con llamaradas de afectos, que den vida y calor á las composiciones musicales. Necesita nutrir la chispa de su genio con las ciencias del orden abstracto, espiritual y divino, abriendo las valvulas de su corazón á la encendida corriente del calor suprasensible y sobrenatural de la caridad cristiana.

Estos artistas si que asombran al mundo con la novedad de sus inventos y la grandeza de sus creaciones! ¡Estos si que se elevan sobre el nivel de su siglo, enseñando á la humanidad más altos y laudables derroteros para el logro de sus aspiraciones! No de otro modo se condujo el eminente maestro don Jesús de Monasterio, de quien se puede decir con el P. Victor Van Tricht que su alma era una de esas que «Todo lo que es bello los embelena, todo lo bueno las atrae, las encanta todo lo que es virtud y todo lo grande las transporta al entusiasmo. Son como las arpas cólicas, á las que el soplo de la más ligera brisa arranca armonías deliciosas. Una de sus muchas y estimables cualidades fué la humildad, verdadero sello, legítima marca que ostentan sencillamente, sin darse cuenta los que sobressalen en el mundo de las ideas, los más renombrados talentos, los sabios, los artistas...

Muchos hechos pudiera citar en corroboración de esta verdad, pero no permitiéndome estender cuanto es mi deseo, solo me limito á recordar á mis lectores la sencillez con que muchas veces le verían ayudar á misa á pesar de tener ya su cabeza cubierta de canas, y el amor con que se acercaba al lecho del enfermo para consolarle, sin quejamias se salie-

se de la casa de éste sin antes socorrer sus necesidades en caso de hallarse en situación precaria. Dios habrá premiado sus virtudes.

Eleuterio Lase.
Presbítero

Villada, (Palencia) 21-8-1906.

RASGOS LITERARIOS

Á la esclarecida memoria del Excmo. Sr. D. Jesús de Monasterio

Hace ya muchos años vino al mundo un niño maravilla, que del Génio la antorcha esplendorosa mostraba en sus pupilas.

Cuatro años contaba, cuando oyendo las notas argentinas, que al violín diestra mano le arrancara, el párvulo gemía.

Comprendió luego el padre alborozado con intención de artista, que el Génio de la Música su soplo al niño le infundía.

Desde entonces ser quiso su maestro, y con ansia infinita, el niño penetraba los arcanos del Arte más divino.

Cautivó de siete años á la Corte su preciosa rítmica, y la reina, Isabel rindióle aplausos, presentes y caricias.

Pasáronse los años, y de Europa las grandes capitales recorría, un joven de atractivo continente, de melódico hablar, negras pupilas. Nuevo Orfeo, las notas celestiales que al violín arrebató, magnetizan, y, ternura, placer, amor y pena, ó patriótico ardor en ellos vibra.

En Holanda y en Bélgica y Escocia, y del Rhin y del Sena en las orillas, cosechó solo aplausos y triunfos, rechazó las ofertas exquisitas con que príncipes régios le brindaron, que á su lado tenerle pretendían.

Ni los lauros rendidos al talento, ni homenajes plácemes y delicias, la modestia amenguaron en un punto de su alma magnánima y sencilla.

Cariñoso, con todos conversaba: humilde, su mérito escondía: la Católica Fe, tuvo por norte: practicar la virtud fué su divisa.

Bajo el cielo de España vivir quiso: y en ella terminó su hermosa vida; si un pueblo montañés le dió la cuna, otro guarda por siempre sus cenizas.

De mí enfrente sumida en hondo valle solitaria se alza una capilla: cuantas preces la Virgen que allí mora, del insigne maestro escucharía!

De rezar su Rosario en Valmayor, y adorar la magnífica Reliquia que en antiguo santuario se venera, prescindir jamás quiso el noble artista.

Gloriarle bien puedes, villa insignie! al cielo con fruición gozosa mira: allí vive tu hijo predilecto: Monasterio tu nombre inmortaliza.

Ana Asenjo.

Septiembre, 1906.

MEMORIA

El señor presidente y vocales de la junta constituida en esta villa y encargada de recaudar fondos para perpetuar con un Monumento el nombre del esclarecido hijo de esta localidad don Jesús de Monasterio y Agüeros, nos remite, para su publicación, la Memoria de los trabajos llevados á cabo por aquella junta, iniciadora de la idea, á raíz del fallecimiento del ilustre lebaniego, idea que se realizará hoy 30, á causa de no haber llegado el busto con tiempo oportuno para su inauguración en el día 28 como estaba anunciado.

Iniciada la idea, á poco de morir don Jesús de Monasterio, de honrar de alguna manera la memoria del ilustre Maestro, gloria de la Montaña, constituyósese esta Junta ó Comisión, cuyos primeros trabajos fueron encaminados á explorar la opi-

nión, para proceder conforme respondiera ésta al llamamiento que se le hacía.

Preciso es confesar, que el silencio de algunas de las personas á quienes la Junta se dirigió por carta, las contestaciones de otras, capaces de enfriar los mayores entusiasmos, y la falta de apoyo que encontró en personas de quienes esperaba poderosa ayuda, impresionó tristemente á la Comisión, y acaso la hubieran hecho desistir de su propósito, si la colonia montañesa en Cuba no hubiera respondido con el entusiasmo con que lo hizo á la invitación que se le dirigió.

El generoso desprendimiento de los montañeses residentes en Cuba, movió á la Comisión á perseverar en sus propósitos, y trabajó con todo el celo y la actividad que le fué posible para la mejor realización de la idea.

No es esta ocasión de hacer cargos, ni dirigir censuras; la Comisión dió la mayor publicidad á la suscripción abierta, dirigió numerosas circulares y cartas, cuantos tuvieran deseos de contribuir á honrar la memoria del insigne Monasterio, tuvieron noticia de hallarse abierta una suscripción para erigirle un Monumento en Potes, donde había nacido.

El sentimiento con que la Comisión veía el retraimiento de unos, se compensaba con creces con la satisfacción que experimentaba al ver la espontaneidad con que otros acudían á contribuir á la suscripción abierta.

Entre las contrariedades con que la Comisión tropezó en sus trabajos, fué acaso una de las mayores, la muerte del ilustrado escritor y crítico don José M. Esperanza y Sola. Había el ilustre Académico acogido con entusiasmo la idea, y ofrecido á la Comisión su valioso apoyo, y cuando el señor Esperanza había empezado á hacer uso de sus muchas relaciones y conocimientos, para ponerlos á contribución para el mejor éxito de la suscripción abierta, su inesperada muerte privó á la Comisión de tan eficaz concurso.

Cuando ya pudo calcularse aproximadamente el importe de lo que llegaría á recaudarse, la Comisión se dirigió á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, invitándola á que aceptara el encargo de anunciar un concurso para la ejecución del Monumento proyectado, redactando las bases y nombrando el Jurado que había de juzgar los proyectos que se presentarán y designar el que considerara digno de adjudicación de la obra. Accedió la Real Academia á la invitación de la Comisión y anunciado el concurso, bien fuera por la falta de suficiente publicidad, bien por lo exiguo de la cantidad que se ofrecía, ó por la perentoriedad del plazo que para la presentación de proyectos se fijó, por hallarse ya de antemano señalada la fecha del 28 de Septiembre actual para la inauguración del Monumento, es lo cierto que solo tres proyectos se presentaron al Concurso, y en ninguno de ellos encontró la Academia méritos bastantes para la adjudicación de la obra.

En vista del resultado del concurso, indicó la Academia á la Comisión la conveniencia de que se anunciara un segundo concurso con mayor publicidad y más largos plazos para la presentación de proyectos y para la ejecución de la obra; pero fijada ya por la Comisión la fecha del 28 de Septiembre actual para la inauguración del Monumento, para dar satisfacción á las impacencias de algunos suscriptores que tachaban á la Comisión de poco activa y deseaban que se realizara la obra lo antes posible, tuvo la Comisión el sentimiento de no poder deferir á la indicación de la Academia y acordó encomendar la ejecución del Monumento, al Escultor don Pedro Estany, autor de uno de los proyectos presentados al concurso y el que á juicio de la Comisión y de otras personas que vieron los proyectos presentados, reunía mejores condiciones.

Contratada la ejecución del Monumento con el señor Estany en la cantidad de 11.500 pesetas, que era la suma que esperaba recaudarse, con sujeción al proyecto presentado y obligándose el señor Estany á tenerle completamente instalado para que pudiera inaugurarse el 28 de Septiembre actual, creyó conveniente la Comisión introducir en el proyecto la modificación de que la figura representando la Inmortalidad, que debía ser de piedra según el proyecto, fuera de bronce para evitar dificultades de transporte y posibles mutilaciones por efecto de algún golpe después de hecha la instalación. Aunque esto suponía un aumento de gastos, accedió el señor Estany á la modificación propuesta, ofreciéndole la Comisión compensarle de algún modo ese mayor gasto, si la suscripción escedía de las 11.500 pesetas calculadas.

Desgraciadamente poco ha sobrepasado la suscripción la expresada suma, después de cubiertos algunos otros pequeños gastos que la Comisión ha hecho, pues siguió el retraimiento de numerosas personas, algunas de las cuales se honraron en vida con la amistad del eminente Maestro; sin duda, no le creyeron digno de los honores de la estatua, como si Potes hubiera tenido algún otro hijo que en virtud, en ciencia, en Arte, hubiera rayado á la altura que Monasterio supo colocar su nombre.

Si alguien de la actual generación ó de las venideras sobrepasa ese nivel en cualquiera de las manifestaciones de la actividad humana, aun quedan en Potes sitios donde emplazar más estatuas y generosidad en los lebaniegos para erigírselas.

Gracias á la generosidad con que los hijos de Monasterio se prestaron á sufragar los gastos de la hermosa verja que rodeará el Monumento, puede construirse dicha verja que al mismo tiempo que adorna y realza la obra, sirva de defensa para impedir el libre acceso del público.

La Comisión ha puesto cuanto ha estado en su mano para conseguir la mejor realización de la idea; si no lo ha conseguido, no ha sido por falta de voluntad y de desec; si ha acertado á realizar el pensamiento de los donantes, con ello queda suficientemente compensada de los trabajos que se impuso.

Cumple la Comisión un grato deber al expresar en esta ocasión su profundo agradecimiento á la Excmo. Diputación provincial al Diputado á Cortes por este distrito, don Pablo de Garnica, al Ayuntamiento de Potes, á la prensa de la provincia; especialmente á *El Diario Montañés* y á *La Voz de Liebana*, á los señores don José Gómez y don Lucas Lamadrid y al *Eco Montañés*, de la Habana, á la Colonia Montañesa en Cuba y en general á todos cuantos han contribuido con su apoyo á la mejor realización de la idea, y dá las gracias igualmente al escultor señor Estany y al inteligente constructor de obras don Manuel Posada, por la actividad con que han procedido á sus respectivos trabajos, á fin de que pudiera celebrarse la inauguración en el día de hoy, según los deseos de la Comisión.—El Presidente, *Roque de la Fuente y Díez*.—El Tesorero, *Eduardo Barredo*.—*Joaquín Fernández y Ángel Muñiz*, Vocales.—El Secretario, *José María de Bulnes*.

MONASTERIO, LEBANIEGO

No es cierto y conviene rectificar el error de muchos que dudán del montañesismo de nuestro hábil artista. Monasterio, antes que nada, era un lebaniego, no solo fué su nacimiento el que le ligó á nuestra querida región, con vínculos estrechos; casi sagrados, si no sus mismas aficiones encaminadas indefectibles á ese mismo amor; ni las ocupaciones constantes en su labor artística, ni sus frecuentes viajes al extranjero, coronados con el doble éxito

de su magestuoso nùmen y habilísima ejecución, fueron bastante á hacerle renegar de la Liebana que adoraba, subyugándole.

Y los que como yo, imbuidos en un ambiente regional, creen que la mayor nobleza en el hombre consiste en adorar con entusiasmo la tierra donde se dieron los primeros pasos y balbucearon las primeras palabras, no pueden menos de conceder tan honrosa virtud á Monasterio, tan amante de sus glorias en su suelo, como orgulloso de la patria en su alejamiento.

Joven soy, y apenas conocí al maestro en la última etapa de su gloriosa vida, sin embargo, bien evidentes pruebas pueden dar de la verdad que afirmo, nunca en mis días faltó Monasterio de la fiesta esencialmente lebaniega, de aquel conjunto alegre y vívido, de aquel verde campo que rodea la antiquísima mole, que guarda en su seno la alhaja incomparable del país, la Santísima Cruz, emocionado y con la satisfacción retratada en su semblante, recorría los grupos estacionados ante blanca mantelería esperando la hora de despachar la suculenta comida, traída en cuévanos por los de la villa, en alforjas por los campesinos, á todos preguntaba inquiriendo noticias y cuando más descuidados los halla, tira una instantánea que había de servirle más tarde para recrearse en las costumbres de su pueblo que él tanto respetaba y enaltecía.

Otro día, recuerdo verle en una procesión que recorría el exterior de la Iglesia de Potes caminando paralelo con el célebre Lavín, director de una murga ó comparsa contratada para los días de la Cruz por los jóvenes que formaban la Comisión de festejos: la orquesta *sui generis* al primer aviso puso en movimiento sus diversos aparatos tocando una magestuosa cuan desarmónica Marcha Real: Monasterio al primer ímpetu de los músicos nó pudo reprimir un gesto de desagrado; luego serenóse y acompañó á Lavín hasta el final de la ronda conteniendo sus impulsos de afinación artística revelados contra la desastrosa música que ejecutaban sus acompañantes. Sin comentario más, véase lo que puede un lebaniego, sufriendo un nuevo suplicio de Tántalo por respetar los adelantos de su país.

Su afición á la fotografía nació de la contemplación de los paisajes lebaniegos, las afiladas crestas de sus montañas, el entrecamiento selvático de sus bosques, los pueblecillos que sombrean un valle y á su vez son sombreados por fresca arboleda, la gallina que busca en ardiente careo el sustento para sus polluelos, el desarrapado chiquillo esquilando en busca de un *niál*, la pastorcita que con su cayada atrae el ganado hacia la majada, todos son detalles no escapados á su fácil y culta observación que guarda como joyas de valía, dándoles cabida en su bonito álbum, uno de los mejores y más variados de los aficionados á la fotografía.

Otro de sus detalles era la visita que anualmente giraba al famoso castaño de Casillas, mediale con minuciosidad, guardaba cuidadosamente los datos para cotejarlos con el resultado del año anterior para así ver de modo palpable lo que el árbol ensanchaba de año en año.

Para terminar, pues no me permite mayor amplitud el rigorismo de la prensa, resumiré en un solo dato el lebaniegismo de Monasterio. Preguntado en una ocasión por varios amigos sobre el país donde hubiera deseado nacer, contestó con su aplomo natural y sin dudar lo más mínimo: «Hubiera deseado ser lo que soy, lebaniego». Afirmación ésta compendio de todo lo que sobre él puede decirse, que desmiente el absoluto el desapego hácia su región de que algunos le acusan y que honra y eleva al quo las pronuncia sin afectación.

Que todos mis paisanos sean entusiastas de su origen como don Jesús, y así

podremos decir que Liebana sobre ser país de héroes y sabios, de artistas como Monasterio á quien hoy paga su pueblo la deuda con él contraída elevándole una estatua que perpetúe su glorioso nombre, rodeado de la aureola esplendente de su magnífico arte, no es tierra de pérfidos renegados, pues sus habitantes conservan siempre en sus corazones el amor á la tierra con la fortaleza de sus escuetas rocas y la valentía de sus picachos inalterables.

CARLOS.

Dobres y Septiembre, 1906.

LISTA DE LA SUSCRIPCIÓN PARA EL MONUMENTO al INSIGNE MONASTERIO

Recaudado directamente por la Comisión ejecutiva.

La Excm. Diputación provincial, deducido el impuesto sobre pagos.	494
El Ayuntamiento de Potes.	250
Don Jesús Jusú, ex-alcalde de Potes.	30
» Roque de la Fuente, Parroco de Potes.	30
» Eduardo Barredo, Presbítero.	30
» Gregorio Muñiz.	30
» José M. de Bulnes.	30
LA VOZ DE LIEBANA.	25
Don Basilio Santervás, Capitán de invalidos.	2,50
Don Vicente M. del Arenal.	50
» Tomás de Bulnes.	5
Sres. Enrique, Ruiz y Comp. (Habana, Vedado).	15
El Sr. Administrador de Santo Toribio.	50
Don Indalecio Martínez de Bedoya.	30
» Miguel Bustamante.	10
Doña Eudisia G. Enterría.	30
Don Victor R. Cosgaya, Presbítero.	30
» Ignacio Robriguez, Presbítero.	5
» Isidoro Alvarez, Presbítero.	5
» Juan José Bustamante, México.	30
» Fernando de Torres Almunia.	50
» Francisco M. de la Peña.	10
» Andrés Ortega.	5
» Ramón de la Peña.	5
» José Martínez Carande.	30
» Francisco Huidobro.	10
» Mariano de la Fuente.	25
» Francisco Soboron.	10
» Heitor Valle.	5
» Loreto Viqueira.	25
» José Rábago.	6
» Jenaro Dominguez.	5
Sres. Hijos de don Sebastián Hidalgo.	5
Don Alvaro Fernández Cosío, de Buzayo.	25
Don Mariano Linares Díez, de Santander.	20
Don Antonio G. Chaves, de Santander.	30
» Atanasio Torre.	10
» Angel Martínez Gonzalez.	15
Sr. Juez de primera Instancia R. C.	5
» Eleuterio Laso, Presbítero.	5
Un lebaniego.	15
Don Manuel Gutiérrez, á Pendes.	5
» Jacinto Galnarez, Vendejo.	2,50
» Isidoro del Campo, Santander.	50
» Félix Reda, Viñon.	25
» Inocencio León, Potes.	5
Un lebaniego, México.	500
Don José Cagigal, México.	20
» Fidel Gómez, Frama.	50
» Isidoro del Campillo, Baré.	5
» Juan M. del Campillo, Levones.	5
Sres. Mazarrosa, Santander.	50
Don Alfredo González.	3
» José Saro.	5
» Domingo Ercilla Velarde.	20
» Vicente de Linares y Gutiérrez de Toran.	20
» Aurelio de Ercilla y Linares.	20
» Jesús de Ercilla y Linares.	20
Doña Leonor de Ercilla y Linares.	20
Don Cipriano Rodríguez, México.	30
» Carlos García Martínez.	25
Don Manuel Cuevas, Aniezo.	10
Dr. don Eugenio Gutiérrez, Madrid.	100
Doña Vicenta Quijano, Valladolid.	50
Don Gerardo Roiz de la Parra.	75
» Vidal Valle, San Vicente de la Barquera.	3
» Gervasio Fernández, México.	25
Un lebaniego.	2
Don Cesáreo Gómez Bedoya, Frama.	200
» Esther Bulnes de la Fuente, Llanes.	10
» Salvador Bustamante, Profesor del Conservatorio.	5
» Leopoldo Encinas, Lomoña.	50
» Jesús Celis, Espinama.	5
» Pedro Vega, Cruces (Cuba).	50
» Basilio Escandon, San Vicente de la Barquera.	5

» Nicasio Calvo Arenal, Oviedo.	5
» Ricardo Noriega Martínez, Oviedo.	5
Srta. María Jesús del Arenal, Valladolid.	25
Doña Jacoba Roiz de la Parra, Frama.	25
Don Quintín Gutiérrez, Tama.	10
» Jesús Gutiérrez, Bores.	5
» Miguel García Bores, Cosgaya.	5
» Manuel Pantorrilla, Santander.	10
» Manuel Francisco Martínez, Madrid.	250
» Evaristo Rodríguez, Madrid.	15
» Jacinto Alvarez, Mogrovejo.	20
» Justo A. de Salceda, La Vega.	5
» Cipriano Caloca, Armaño.	10
» Vicente Perez de Celis, Santander.	20
» José Cueto Fernández, Madrid.	15
El Sr. C. C. T., Madrid.	15
Don Maximo Fernández Cavada, Santander.	50
Doña Concha Prellezo, Santander.	10
Don Eduardo Jusú, Madrid.	25
R. P. José de las Cuevas, Agustino.	25
Don Manuel de las Cuevas, Potes.	25
» Castor del Rio, Potes.	10
Doña Adela Gómez de Enterría, Potes.	6
Don Mariano Perez Roldan, Talavera.	100
» Luis Maestro.	5
» Antonio Martínez, Presbítero.	12
Doña Desideria Martínez.	10
» Manuel Bustamante, Presbítero.	10
Viuda de Laca.	5
Arturo Gómez de Enterría.	5
Comunidad de los PP. Agustinos.	100

TOTAL PESETAS 4.171

Recaudado en la Casa de Banca de don Francisco Morana, en Madrid.

Don José Fellico Labra.	50
» Pablo Garnica.	50
Doña Isabel Alonso Pesquera, viuda de Durnat.	20
Don Eliseo de la Gándara Baldor.	25
Sr. Director de El Universo.	25
Don Francisco Corder.	50
Señor Marqués de Comillas.	100
Don José García Lomas.	50
Señora viuda del General León é hijos.	75
Doña Alicia Dutosta de Rivera.	50
Señores Andrés y Venancio Monje.	15
Don Tomás Bretón.	10
» Juan de Ceballos.	25
» Esteban Pérez Lemos.	5
» Rafael de Muguira y Gallo.	150
Doña Encarnación Mata.	50
Don Elías Martínez.	100
Profesores del Teatro Real.	33,50
Profesores del Conservatorio.	63,50
Don José González.	100
Excm. Sra. Duquesa de Bailén.	100
Un melómano.	100

TOTAL 1.262

Recaudado en «El Diario Montañés» de Santander.

Señor Marqués de Hinojares.	100
Don Emilio Sabater.	25
» Leopoldo Pardo Iruleta.	100
Señor Conde de Isla.	50
Don José Quintanilla.	50
Un agradecido de don Jesús de Monasterio.	1000
Don Pedro Escalante.	50
Doña Rogelia de Urigüen.	25
» María de la Colina.	25
» Luisa Marroquín, viuda de Seco Baldor.	250
» Leopoldo Cortines.	25
Sr. Conde de Torrealaz, Diputado á Cortes por Santander.	50
Don Higinio A. de Celis, Senador del Reino.	25
» Santiago López, Comillas.	100
» Vicente Quintana.	5

TOTAL 1.835

Recaudado en la Isla de Cuba por don José Gómez y don Lucas Lamadrid.

D.ª Enriqueta Fonte de Gómez. (oro).	10,60
Don José Gómez.	21,20
» Francisco Queral y Mortí.	21,20
» Ignacio Corrales.	4,22
» José Quevedo Castillo.	5,30
» Severiano Linares y Gómez.	5,30
» Faustino González López.	5,30
» Antonio Renedo Oveja.	5,30
» Manuel Prieto Goheñez.	5,30
» Tomás Michelena Llaguno.	5,30
» Jesús Ruiz.	2,12
» Bernardo Arenal.	2,12
» José Lojarza.	2,12
» Ciriaco Torán.	2,12
» Manuel Gómez.	2,12
» José Pérez Barcs.	2,12
» Hormonogildo Bolado.	2,12
» José M.ª Vada.	2,12
» Antonio Zamorano.	2,12
» Francisco Fernández.	2,12

» Juan Prados Gómez.	5,30
» Ignacio Plá.	5,30
» Celestino Gómez y Gómez.	5,30
» Luis Gómez y González.	4,24
» Severino Prados y Gómez.	2,12
Doctor José A. del Cueto.	25,00
Don José Lizama.	10,60
» Celestino Lizama.	10,60
» Joaquín Gallego.	2,12
» Pedro Sánchez.	5,30
» Alfredo Rubiera.	5,30
» Vicente Vada.	5,30
» Julian Linares y Gómez.	5,30
» José M.ª Gil.	5,30
» Manuel Bustamante.	2,12
» Manuel San Miguel. (plata).	2
» Pedro A. Molina. (oro).	5,30
» José Vázquez.	2,12
» Ezequiel Barante. (plata).	1
» Leandro Casas. (oro).	5,30
» Manuel Martínez.	5,30
» Severino Fernández.	5,33
» Braulio Menéndez.	5,60
» Isidoro Polledo.	5,30
» Guillermo Humphreys.	5,30
» José Martín.	5,30
» Leonardo García.	5,30
» Epifanio Miguel.	2,12
» Cándido Suárez.	2,12
» Lucas Lamadrid y Salceda.	21,20
» Marcial Bedoya Salceda.	5,30
» Baldomero Menéndez.	5,30
» Alfonso Cartrejón.	5,30
» Gregorio Lamadrid.	5,30
» Pedro Bedoya y Salceda.	5,30
» Fernando Pelea. (plata).	4

Doña Andrea Larriva de Lamadrid.	2
Don Tomás Lamadrid y Larriva.	1
» Lucas Lamadrid y Larriva.	1
» Juan Lamadrid y Larriva.	1
Doña Matilde Lamadrid y Larriva.	1
Don Eduardo Rodríguez.	2
» Pedro Galnarez.	2
» Domingo Gómez.	2
» Tomás Galnarez.	3
» Florentino Pérez.	1
» Andrés Rodríguez.	2
» Anselmo Martín.	3
» León Prellezo.	3
» Julian Montilla.	2
» Generoso González.	1
» Sergio Polanco.	1
» Santiago Roldan.	2
» Calixto Madrid.	3
» Pedro Barro.	1
» José Rodríguez.	1
» José Pulgeiras.	1
» Fructuoso Prieto.	1
» Eusebio Yanes.	1
» Manuel Costineira.	1
» Rogelio García.	1
Doña Matilde Martínez.	0,50
Don Roque Iglesias.	1
» Daniel González.	1
» Julian Quintana.	1
» Sebastian Dominguez.	1
Doña Felisa Rodríguez de Bedoya.	1

(Continuará)

ADVERTENCIA

Causas imprevistas y ajenas á nuestra voluntad nos impidió publicar, como teníamos anunciado para el día veintiocho, el presente número, que dedicamos á la gloriosa memoria de don Jesús Monasterio.

Debido al poco tiempo de que se ha dispuesto para hacer la fotografía del monumento y ordenar la confección del Glisé, no podemos tampoco publicar el fotograbado de aquél, prometiendo á nuestros lectores hacerlo en uno de los números sucesivos.